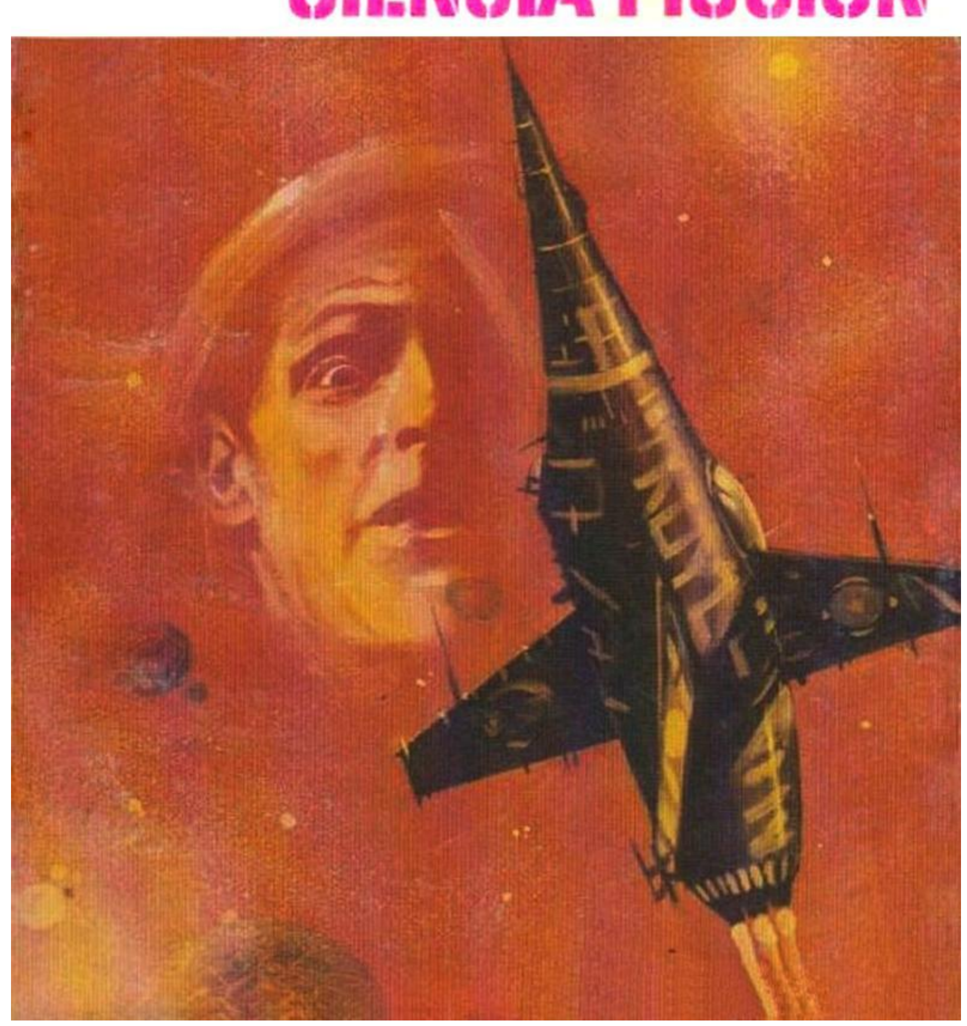
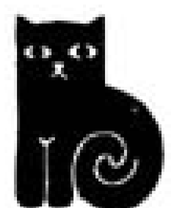
La conquista del ESPACIO
BOLSILIBROS BRUGUERA

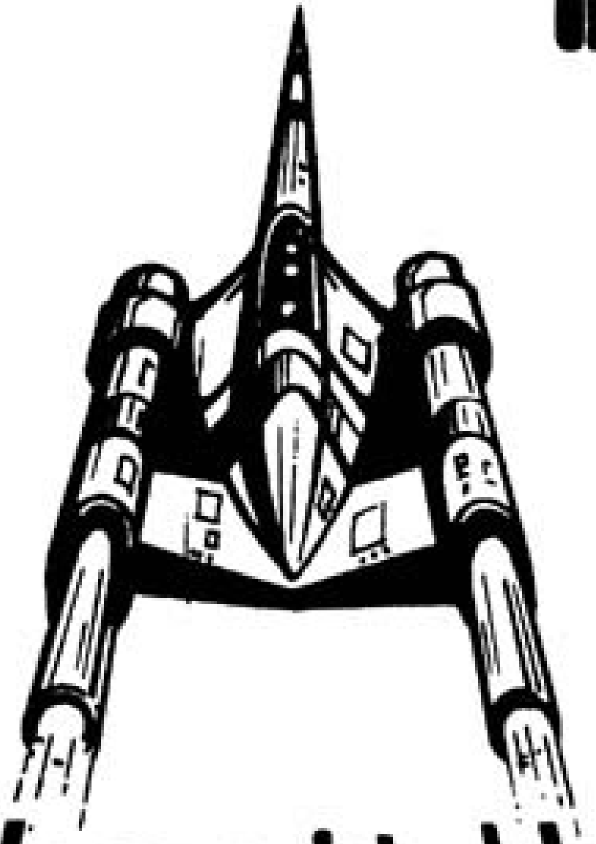
EL CEREBRO ASESINO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





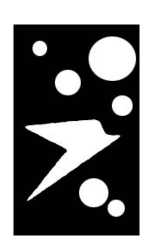


La conquista del ESPACIO

JOSEPH BERNA

EL CEREBRO ASESINO

Colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 651
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

646 — La *pirámide de oro,* Joseph Berna
647 *Amigos de otro mundo,* Glenn Parrish
648 — *Necrosis programada.* Curtis Garland
649 — *la leyenda de Shapahoni,* Kelltom McIntire
650 — *Un náufrago en el siglo XXX,* Glenn Parrish

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés <N-152, Km
21,650)
Barcelona
1983

CAPITULO PRIMERO

Ano 2190

La «Vikingo-3», una de las más modernas astronaves terrestres, surcaba velozmente el espacio sideral. Sus dimensiones eran más bien reducidas, pero se trataba de una astronave ágil y segura, resistente, rápida.

Había partido de la Tierra con una misión específica: explorar el planeta Mongo, un mundo pequeño, lejano, misterioso, del que ya muy pocas cosas se sabían.

Ni siquiera se sabía si estaba habitado o no, aunque Mongo parecía reunir las condiciones necesarias para albergar vida humana.

La «Vikingo-3», salvo raras excepciones, se dedicaba exclusivamente a la investigación espacial, ya que por sus características resultaba una astronave ideal para tal menester.

Al no tratarse de una astronave de grandes dimensiones, no precisaba de una tripulación numerosa, por lo que habitualmente eran sólo seis las personas que llevaban a cabo las misiones encomendadas por los altos jefes de la Confederación Terrestre.

Al mando de la «Vikingo-3» iba al capitán Dragan Tacher, de treinta y dos años de edad, casi metro noventa de estatura, espaldas anchas, hombros fuertes y robustos, pelo oscuro y facciones varoniles. Era un hombre valiente y decidido, hábil, experto, muy ágil de reflejos, lo cual le había permitido salir airoso de situaciones realmente comprometidas.

Dragan Tacher había llevado a cabo numerosas misiones, siempre con éxito, a pesar de que muchas de ellas entrañaban verdadero peligro y auténtico riesgo.

Pero el riesgo y el peligro no asustaban al capitán Tacher ni a su corta tripulación, y cuanto más difícil y peliaguda era la misión que se les asignaba, con más ganas y con más ilusión la emprendían, sin pensar que iban a arriesgar sus vidas y que quizá alguno de ellos, o tal vez todos, no regresarían jamás a la Tierra.

Dragan Tacher no lo pensaba porque confiaba plenamente en los cinco miembros de su tripulación. Y viceversa, ya que su breve tripulación también confiaba plenamente en él, pues lo habían visto afrontar los más serios peligros con serenidad

y una envidiable sangre fría, superándolos todos.

Sí, para los miembros de su tripulación, el capitán Tacher era toda una garantía, y bajo su mando no les importaría viajar al más recóndito y peligroso lugar del Universo.

El de más edad era el profesor Cedric Bessell, uno de los más prestigiosos científicos de la Tierra. Contaba cuarenta y cinco años, era de complexión delgada, pero fuerte y resistente, y tenía el cabello gris, abundante y revuelto, lo que parecía revelar su condición de sabio.

Después, le seguía el doctor Jupp Geisler, con sus treinta y ocho años, un médico inteligente como pocos.

Era de estatura corriente, ni grueso ni delgado, y tenías las facciones agradables.

De los cuatro hombres que viajaban en la «Vikingo- 3», Zico Bakrac era el más joven, ya que sólo tenía veinticinco años. Su estatura similar a la del capitán Tacher, pero aún era más robusto y más musculoso que éste. Un verdadero Hércules de pelo rubio, ojos claros y cara simpática.

Los otros dos miembros de la tripulación eran mujeres.

Aliona Fossey, de veintitrés años de edad, era sobrina del profesor Bessell y una ayudante sumamente eficaz para el eminente sabio, hasta el punto de que éste ya no podía prescindir de ella.

Se trataba de una muchacha enormemente inteligente.

Inteligente... y bonita, pues poseía un rostro moderno y atractivo, y un cuerpo terriblemente tentador. Tenía el cabello muy rubio, casi plateado, los ojos azules, muy vivos y expresivos, y una boca preciosa, de labios carnosos y brillantes, perfectamente trazados.

Aliona estaba enamorada del capitán Tacher, y éste lo sabía, porque la sobrina del profesor Bessell se lo había demostrado muchas veces, ofreciéndole su joven y hermoso cuerpo.

Y Dragan no lo había rechazado, claro.

Aquellos viajes solían durar semanas enteras, incluso meses, y un hombre joven y sano como él no podía pasar tanto tiempo sin hacer el amor con una mujer.

De todos modos, aquélla no era la única razón de que regularmente disfrutase de las delicias del amor con Aliona Fossey.

Dragan también amaba a Aliona, sentía por ella lo que no había sentido por ninguna otra mujer, y así se lo había confesado a la muchacha, para que ella supiera que no era solamente su maravilloso cuerpo lo que a él le interesaba.

Huelga decir que dicha confesión llenó de felicidad a la sobrina del profesor Bessell, porque era lo que ella deseaba, verse correspondida por el apuesto y audaz capitán Tacher.

No habían hablado todavía de matrimonio, pero eso era lo de menos.

Se querían, estaban junios, hacían el amor siempre que les apetecía, y rara vez discutían porque se comprendan perfectamente el uno al otro y casi siempre estaban de acuerdo en todo.

La otra mujer que formaba parte de la tripulación de la «Vikingo-3» era Tanta Ware, de veinticuatro años, cabello cobrizo, ojos grandes, ligeramente rasgados y de pupilas verde esmeralda, labios muy rojos, llenos y apetecibles.

Tarita poseía también un tísico espléndido, y el hercúleo Zico lo sabía mejor que nadie, porque tenía la suerte de contemplar desnuda a Tarita casi a diario.

Zico estaba loco por Tarita, y como a éste le chiflaban los músculos desarrollados, duros y poderosos, jamás decía que no cuando el gigante rubio le proponía hacer el amor en su

camarote o en el de ella, que el lugar era lo de menos.

En realidad, Tarita no hubiera dicho que no a ninguno de los hombres que formaban parte de la tripulación, porque era una chica comprensiva y estaba dispuesta a ofrecer su cuerpo a sus compañeros masculinos de viaje, aunque no fuesen tan jóvenes y tan musculosos como Zico.

Sin embargo, no había tenido oportunidad, pues el capitán Tacher ya tenía a Aliona Fossey, el profesor Bessell no parecía sentir la menor necesidad de hacer el amor, pues siempre se hallaba absorto en sus investigaciones, y el doctor Geisler...

Bueno, Tarita no sabía qué pensar de Jupp Geisler, ya que aunque en más de una ocasión le pareció que la miraba con deseo, él jamás le había pedido que se acostaran juntos.

Ni siquiera se había atrevido a insinuarlo.

¿Por qué...?

Tarita ignoraba la razón, pero se había propuesto averiguarlo en aquel viaje, y con ese motivo se personó en la enfermería aquella tarde.

Tarde... de acuerdo con el horario de a bordo, porque en el espacio sideral no había mañanas ni tardes, siempre era de noche. Y, para no alterar demasiado su forma de vida, los tripulantes de la «Vikingo-3» seguían el horario de la Tierra, y así podían hablar del desayuno, del almuerzo, de la cena, de los días y de las noches, como si continuaran en su mundo, en vez de hallarse surcando el Cosmos a fantástica velocidad.

Tarita Ware abrió la puerta de la enfermería y asomó la cabeza, descubriendo a Jupp Geisler al otro lado de su mesa, sentado en su sillón, tomando unos apuntes.

—¿Puedo pasar, doctor Geisler...? El médico levantó la cabeza.

—Adelante, Tarita —rogó, con una amable sonrisa.

—Gracias —sonrió también la muchacha, y penetró en la enfermería, cerrando la puerta.

Después, se aproximó a la mesa de trabajo de Jupp Geisler, sustituyendo su preciosa sonrisa por un claro gesto de preocupación, para llamar la atención del médico.

Y lo consiguió, pues también él se puso serio.

—¿Tienes algún problema, Tarita?

—Me temo que sí, doctor Geisler.

—¿Qué te sucede?

—Algo terrible. El médico se alarmó.

—Cuéntame lo que te pasa, Tarita.

—Se trata de mi busto, doctor.

Los ojos de Jupp Geisler bajaron inmediatamente hasta las importantes protuberancias pectorales de Tarita Ware, que el ajustado y ligero traje espacial, de color amarillo, dibujaba perfectamente.

—¿Qué le ocurre a tu busto, Tarita?

—Se me está agrandando un seno.

-¿Qué...?

—El derecho.

—¿Estás segura...?

—Bueno, si no se me está agrandando el seno derecho, se me está haciendo pequeño el izquierdo, una de dos. El caso es que ya no tienen el mismo tamaño.

Los dilatados ojos del doctor Geisler volvieron a posarse en el prominente busto de Tarita Ware, y su gesto de sorpresa era tan cómico, que la astuta muchacha tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a reír.

—Tarita, eso que dices... —murmuró

el médico.

—¿Por qué no me examina, y se convencerá? —sugirió ella.

—Sí, tendré que examinarte.

—¿Paso a la cabina de reconocimientos?

—Sí, por favor.

Tarita Ware entró en la cabina, conteniendo a duras penas la risa, porque la verdad es que la cara del doctor Geisler invitaba a reírse. Se abrió el traje, de una sola pieza, sacó los brazos de las mangas, para quedar con el torso totalmente desnudo, y se sentó en la alargada mesa de exploraciones.

—Cuando quiera, doctor Geisler —indicó, balanceando suavemente las piernas, porque los pies no le tocaban el suelo.

Jupp Geisler, que no se había movido de su sillón, se levantó y fue hacia la cabina de reconocimientos. También él vestía un traje de una sola pieza, cómodo y ligero, aunque encima llevaba su bata de médico.

Naturalmente, en cuanto entró en la cabina, su mirada quedó fija en los rotundos pechos de Tarita Ware, cuyos erectos pezones parecían apuntarle como un par de lanzas.

Casi levanta las manos, el muy tonto.

—¿Se da cuenta, doctor...? —dijo la joven, mirándose el busto—. El derecho es más grande que el izquierdo.

Jupp Geisler, después de fijarse bien en uno y otro pecho, murmuró:

—A mí me parecen iguales, Tarita.

—Oh, no, fíjese mejor y verá. Este es mayor que éste otro —la muchacha se los tocó los dos con el extremo de su dedo índice—. Y no sólo ha variado su tamaño, sino su dureza. Compruébelo usted, doctor.

Jupp Geisler dio un paso y tanteó nerviosamente la consistencia de ambos senos, rozando involuntariamente los descarados pezones con sus manos, y éstos acusaron el contacto, aupándose más.

—¿Qué me dice ahora, doctor...?

—Pues, sinceramente, yo no encuentro ninguna diferencia, Tarita.

—¿Cómo es posible?

—Es la verdad, Tarita. Tus pechos tienen el mismo tamaño y la misma dureza, no veo nada anormal en ellos.

—¿Quiere decir que todo son imaginaciones mías...?

—O que tienes ganas de tomarme el pelo, una de dos.

—¡Doctor! —exclamó la muchacha—. ¿Cómo iba a atreverme yo a...? Jupp Geisler la miró fijamente a los ojos.

—¿Qué te

propones, Tarita?

—Doctor Geisler, yo le aseguro que...

—La verdad, Tarita, por favor. La joven se mordió los labios.

—Está bien, doctor Geisler, seré sincera con usted. He representado esta farsa porque pensaba que a usted le gustaría hacer el amor conmigo.

—¿Y si fuera así...?

—Le complacería con mucho gusto, doctor.

—Tú haces el amor con Zico, Tarita.

—¿Es ésa la razón de que usted nunca me lo haya pedido, doctor...?

—Sí. Tarita Ware sonrió

y
aclaró:
—Zico me cae muy bien, pero no estoy enamorada de él, doctor Geisler. Hacemos el amor porque a ambos nos apetece y lo necesitamos. Los viajes son largos, usted lo sabe. Si desea hacer el amor conmigo, me tiene a su disposición. Y lo mismo le diría al profesor Bessell, si no supiera que no le interesan los cuerpos femeninos. A él sólo le interesan los cuerpos celestes.
El médico rió.
—¡Es verdad!
—¿Qué me responde, doctor Geisler...?
—¿Seguro que Zico no me romperá la cara, si se entera? Ahora fue Tarita la que rió.
—Puede estar tranquilo, doctor.
—En ese caso...
Jupp Geisler besó los rojos labios de Tarita Ware, quien se apresuró a echarle los brazos al cuello y

pasó a colaborar activamente en la caricia.

CAPITULO II

En la cabina de mandos de la «Vikingo-3», Dragan Tacher conversaba con Zico Bakrac, sentado el primero en el sillón del piloto y el segundo a su lado, en el sillón del copiloto.

A través del mirador de la cabina, podían contemplar la inmensidad del Cosmos, que semejaba un gigantesco manto negro tachonado de rutilantes estrellas.

Un espectáculo tranquilo, apacible, maravilloso, al que ya estaban acostumbrados los miembros de la tripulación de la «Vikingo-3», aunque no por eso dejaban de gozar con él en cada viaje espacial.

El musculoso Zico era un tipo muy simpático, que siempre tenía ganas de bromas, y como sabía que al capitán Tacher no le molestaban sus chistes, sino todo lo contrario, de vez en cuando soltaba alguno y Dragan se reía a gusto con él.

Dragan Tacher vestía un traje rojo, con franjas amarillas en los brazos y en ambos lados, y calzaba botas plateadas. De su cinto, pendía una pistola de rayos láser.

El traje de Zico Bakrac era azul brillante, y también él llevaba al cinto una pistola de rayos láser. Sus botas eran plateadas, como las del capitán Tacher.

De pronto, entró en la cabina de mandos el profesor Bessell, acompañado de su sobrina. El sabio llevaba en las manos unas cartas de navegación, en las que había marcado puntos y trazado líneas.

—¿Seguimos el rumbo programado, capitán Tacher?

—Así es, profesor.

—¿Y la velocidad...?

—También.

—Entonces, y si mis cálculos no son erróneos, tardaremos sólo unos minutos en divisar Mongo.

—¿Cuándo han sido erróneos tus cálculos, tío Cedric...? —dijo Aliona Fossey, sonriendo. Dragan y Zico rieron.

—Su sobrina tiene razón, profesor Bessell —opinó el primero—. Sus cálculos suelen ser tan matemáticos como precisos.

—Sí, siempre son exactos —dijo Zico.

Cedric Bessell sonrió, visiblemente halagado.

—Agradezco mucho los elogios, pero creo que son un poco

exagerados. Todos nos equivocamos alguna vez, y yo no soy una excepción.

—Tú te equivocas menos que nadie, tío Cedric —repuso Aliona, y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

El sabio carraspeó.

—Cuidado con los besos, sobrina, que el capitán Tacher se puede poner celoso.

Aliona, Dragan y Zico rieron la broma del científico, que vestía un traje color bronce. Aliona, por su ixirie, lucía un traje verde claro, brillante y ceñido, que destacaba sus esbeltas formas.

Tras aquellos breves minutos de divertida charla, los cuatro tripulantes quedaron pendientes de la inminente aparición del planeta Mongo.

Y, como una vez más los cálculos del profesor Bessell habían sido correctos, el pequeño y misterioso mundo no tardó en aparecer.

*

*

*

Gracias a la pantalla telescópica, el capitán Tacher, Zico Bakrac, el profesor Bessell y Aliona Fossey pudieron contemplar Mongo con mucho más detalle que a través del mirador de la cabina de mandos.

Se trataba, efectivamente, de un mundo de reducidas dimensiones, con un diámetro ecuatorial inferior a los 5.000 kilómetros. Podía compararse con Mercurio, el planeta más pequeño del Sistema Solar, aunque afortunadamente Mongo era un mundo mucho menos caliente que el calcinado Mercurio, en cuya superficie llegaban a alcanzarse los 400 °C, debido a la proximidad del Sol.

La estrella que proporcionaba luz y calor a Mongo se hallaba mucho más distante de éste que el Sol de Mercurio, por lo que podía presumirse que la temperatura, en la superficie de Mongo, sería similar a la de la Tierra. Si acaso, algo más elevada, pero no tanto como para tener que recurrir a los trajes térmicos para poder deambular por su superficie.

El capitán Tacher estaba reduciendo ya la velocidad de la «Vikingo-3», haciendo funcionar los retrocohetes de la astronave.

—Deberíamos avisar al doctor Geisler —dijo Dragan—. Le gustará ver cómo nos aproximamos al misterioso Mongo.

—Y a Tarita también —opinó Zico.

—Yo les avisaré —dijo Aliona, y salió corriendo de la cabina de mandos. Fue primero al camarote de Tarita, pero lo halló vacío.

Extrañada, Aliona se dirigió a la enfermería.

Ella no lo sabía, pero su llegada no iba a poder ser más inoportuna.

*
*
*

Tarita Ware se había echado en la mesa de exploraciones.

Su traje, ahora, yacía en el suelo, lo mismo que sus botas, y sólo conservaba el minúsculo slip plateado, que apenas cubría su triángulo íntimo.

Jupp Geisler la besaba una y otra vez, mientras acariciaba sus hermosos pechos, sus rotundas caderas, sus preciosos muslos...

De pronto, oyeron la voz de Aliona Fossey:
—¿Doctor Geisler...?
Jupp y Tarita respingaron a dúo.
—¡Aliona! —exclamó el médico, irguiéndose de golpe.
—Qué oportuna —rezongó Tarita, contrariada, porque los besos y las caricias del doctor Geisler la habían puesto pero que muy a tono.
—¡Vístete, rápido! —indicó Jupp, en tono bajo, y salió precipitadamente de la cabina de reconocimientos.
—Pues sí que me he lucido —gruñó Tarita, abandonando la mesa de exploraciones.
— Hola, doctor Geisler —saludó Aliona Fossey.
—¿Qué tal, Aliona? —sonrió el médico, nervioso.
—¿Está aquí Tarita?
—Sí, la estaba reconociendo.
—¿Qué le pasa?

—Un ligero problema respiratorio.
—Pues más parece que el problema respiratorio lo tenga usted, doctor Geisler.
—¿Por qué lo dices?
—Tiene el rostro congestionado.
—¿De veras? —Jupp se tocó las mejillas, cada vez más nervioso.
—¿Se encuentra usted bien, doctor Geisler...?
—Oh, sí, perfectamente.
—Si usted lo dice...
—¿A qué ha venido, Aliona?
—A comunicarle que nos estamos aproximando a Mongo. El capitán Tacher pensó que le gustaría presenciarlo, y...
—¡Me encantará! —exclamó Jupp.
Se despojó rápidamente de su bata de médico y abandonó la enfermería como un cohete, porque no quería que Aliona Fossey le hiciera más preguntas comprometidas.
Un par de segundos después, Tarita Ware salía de la cabina de reconocimientos, con el traje cerrado y las botas puestas.
—Hola, Aliona.
—No sabía que tuvieras problemas respiratorios, Tarita —dijo la sobrina del profesor Bessell, con ironía.
—No los tengo.
—¿Qué hacías en la cabina de reconocimientos, pues?
—Me disponía a hacer el amor con el doctor Geisler, pero como tú llegaste tan inoportunamente, hemos tenido que aplazarlo.
Aliona emitió una risita.
—Lo siento de veras, Tarita. De haber sabido que el doctor Geisler y tú...
—Olvídalo.
—No hubiera entrado, te lo aseguro.
—La cosa ya no tiene remedio. Venga, vamos a la cabina de mandos. Yo también quiero presenciar nuestra aproximación a Mongo.

*
*
*

La «Vikingo-3» estaba ya muy cerca de Mongo.
Los retrocohetes seguían funcionando a tope, reduciendo

más y más la velocidad de la astronave. La pantalla telescópica ofrecía unas imágenes muy claras de la superficie del pequeño planeta, fundamentalmente montañoso y selvático. Las montañas, altas y achatadas, semejaban gigantescos castillos medievales, y las selvas, espesas y extensas, no permitían observar las diversas especies de animales que sin duda habitaban en ellas.

La computadora de la «Vikingo-3» no paraba de ofrecer datos sobre Mongo, confirmando que la

vida humana era perfectamente posible en aquel planeta, pues reunía las condiciones necesarias. Su atmósfera contenía la suficiente cantidad de oxígeno libre, por lo que se podía respirar libremente, había agua en abundancia, y la temperatura oscilaba entre los 15 °C y los 30°C según zonas.

Sí, Mongo podía estar habitado, pero habría que explorarlo para averiguarlo, porque las imágenes que ofrecía la pantalla telescópica no confirmaban ni rechazaban tal posibilidad.

Y como ésa era la misión que les habían encomendado, el capitán Tacher hizo descender la
«Vikingo-3» y la posó en la superficie del planeta, en un lugar muy apropiado para aterrizar, pues se trataba de una planicie de más de cien metros cuadrados.

La aventura, peligrosa aventura, había comenzado.

CAPITULO III

Según los datos facilitados por la computadora de la «Vikingo-3», Mongo tenía un período de rotación axial de casi treinta horas, por lo que allí, en aquel pequeño y lejano planeta, los días y las noches serían más largos que en la Tierra.

El capitán Tacher, naturalmente, había posado la astronave en la cara del planeta que en aquellos momentos recibía luz y calor de la estrella en torno a la cual giraba Mongo, en un período sideral algo inferior al de la Tierra, pues daba una vuelta completa a su sol en aproximadamente 325 días.

Convenientemente armados, los seis tripulantes de la «Vikingo-3» abandonaron la astronave, manejando cada cual su respectivo propulsor individual.

Era mucho más rápido y seguro iniciar la exploración del planeta así, por el aire, a varios metros del suelo, porque ignoraban todavía los peligros que podían encontrar en el desconocido y selvático Mongo.

Más allá de la vasta planicie que Dragan Tacher eligiera para posar la «Vikingo-3», se levantaban una serie de aquellas montañas achatadas, de color ocre, que tanto abundaban en Mongo.

En la dirección opuesta, nacía una de aquellas espesas junglas que también predominaban en el planeta tan extensas como inescrutables, a menos que uno se arriesgase a adentrarse en ellas a pie, desafiando a las bestias que con toda seguridad deambulaban por allí

Por esta razón, el capitán Tacher decidió explorar primero las montañas, y hacia ellas se dirigieron, sir forzar la marcha de sus respectivos propulsores individuales.

Dragan Tacher y Cedric Bessell iban en cabeza, seguidos de cerca por Aliona Fossey y Tarita Ware, mientras que Zico Bakrac y Jupp Geisler cerraban la marcha.

Alcanzaron las romas montañas y se metieron por entre ellas, escrutando las rocosas paredes, en las que se veían hendiduras de distinta anchura y longitud, algunas de las cuales podían ser muy bien entradas de grutas o cuevas, que seguramente servirían de guaridas a los animales que habitaban aquellos montes.

Difícilmente podían tratarse de moradas de seres humanos,

pues la mayoría de aquellas hendiduras resultaban totalmente inaccesibles. Había que tener alas para alcanzarlas, o reptar como un lagarto para poder escalar aquellas paredes casi verticales, que además parecían haber sido cortadas a pico.

No, había que descartar totalmente que aquellas grutas o cuevas estuviesen habitadas por seres inteligentes, a menos que se tratase de hombres alados, y esto era tan poco probable...

El capitán Tacher y los miembros de su tripulación siguieron explorando aquella cadena de montañas, pero pasaban los minutos y no detectaban el menor signo de vida.

No ya humana, sino ni siquiera animal.

No habían visto un sólo pájaro, un solo bicho, ni nada que demostrase que en aquellas feas montañas existía alguna clase de vida. Parecían muertas.

De pronto, Dragan Tacher creyó oír una voz.

Una voz extraña, como de robot, pues no era fácil precisar si era de hombre o de mujer. Y tampoco era fácil saber lo que decía aquella voz, porque sonaba débil, lejana, muy poco clara.

El capitán Tacher accionó rápidamente la barra de dirección de su propulsor individual y quedó suspendido en el aire, mirando hacia todos lados.

Los miembros de su tripulación, al ver que se detenía, se apresuraron a imitarle.

—¿Qué ocurre, capitán Tacher? —preguntó el profesor Bessell.

Dragan, por el momento, no respondió.

Continuó escrutando atentamente las paredes de las montañas, fijándose en las hendiduras más grandes.

—¿Ha visto algo, capitán...? —inquirió Zico Bakrac.

—Me pareció oír una voz —respondió Dragan.

—¿Una voz? —repitió Aliona Fossey.

—Sí.

—¿Humana, capitán...? —preguntó el doctor Geisler.

—No sabría decir.

—Yo no he oído nada —habló Tarita Ware

—Tampoco yo —dijo Cedric Bessell.

—¿Nadie oyó nada? —preguntó Dragan. La respuesta fue negativa.

*
*
*

Los miembros de la tripulación estaban absolutamente desconcertados, porque ellos seguían sin captar ninguna voz, a pesar de que los cinco estaban forzando al máximo sus respectivos oídos.

Sus orejas eran auténticas antenas.

Sin embargo, esas antenas no captaban señal alguna.

El capitán Tacher, por las caras que ponían Cedric, Jupp, Zico, Aliona y Tarita, adivinó que ellos seguían sin oír nada. Se disponía a preguntarles cómo era posible que no oyesen la voz, cuando de pronto comprendió lo que estaba pasando.

¡La voz sonaba en el interior de su cabeza!

¡En su cerebro!

¡Le estaban hablando por telepatía!

Al no emitirla una garganta, no podía saberse si se trataba de un hombre o de una mujer. Las ondas cerebrales no tienen tono, imposible saber por ellas si son emitidas por un cerebro masculino o femenino.

—¡Es un telépata! —exclamó Dragan—. ¡Por eso solamente yo oigo su voz! ¡Su cerebro me está enviando ondas telepáticas!

—¡Extraordinario! —dijo el

profesor Bessell.

—¿Y dice que la voz está pidiendo socorro, capitán...? —exclamó el doctor Geisler.

—¡Sí! ¡Quiere que acudamos en su ayuda, pues se encuentra en grave peligro!

—¿Dónde está esa persona, capitán? —preguntó Zico. Dragan guardó silencio unos segundos. Después, exclamó:

—¡Ahora me lo está diciendo! ¡Se encuentra prisionera en una gruta que hay cerca de aquí! ¡La entrada tiene forma de pico!

Los seis escrutaron las paredes de las montañas que les rodeaban, buscando una hendidura que tuviera forma de pico.

—¡Aquélla debe de ser! —exclamó Aliona Fossey, señalando con el brazo una hendidura que, efectivamente, tenía aquella forma.

—¡Corramos hacia allí! —indicó el capitán Tacher, maniobrando ya con la barra de dirección de su propulsor individual.

CAPITULO IV

La hendidura que tenía forma de pico era una de las más inaccesibles, ya que se hallaba a casi treinta metros del suelo, en una pared absolutamente vertical y prácticamente lisa.

No había donde agarrarse para poder trepar hasta allí, por lo que el capitán Tacher y los miembros de su tripulación no lograban explicarse cómo había sido conducido el telépata hasta aquella gruta o cueva, ni por quién.

El caso es que el ser en cuestión se encontraba allí, en aquel peligroso lugar, prisionero de alguien, y que su vida pendía de un hilo, a juzgar por su desesperado mensaje telepático.

Había que rescatarlo.

Y con ese propósito volaban el capitán Tacher y su tripulación hacia la hendidura descubierta por Aliona Fossey, con las armas dispuestas.

Dragan y Zico, además de sus pistolas de rayos láser, portaban sendos subfusiles de rayos infrarrojos. El profesor Bessell, el doctor Geisler, Aliona y Tarita, sólo llevaban pistolas de rayos láser.

A medida que se aproximaban a la hendidura en forma de pico, Dragan y sus compañeros pudieron comprobar que era más grande de lo que de lejos parecía.

La parte superior, es decir, el arranque del «pico», era mucho más ancho, lógicamente, y por allí podía pasar tranquilamente una persona, incluso cargada con un propulsor individual.

No había peligro de que se golpease contra las paredes de la entrada, quedaba espacio suficiente. Por ello, el capitán Tacher cruzó resueltamente la hendidura, seguido de Zico Bakrac y el profesor Bessell, mientras que el doctor Geisler, Aliona Fossey y Tarita Ware quedaban fuera, suspendidos en el aire, junto a la entrada de la cueva, por indicación de Dragan.

Y es que Dragan Tacher no estimaba prudente que los seis penetrasen en la gruta, sin saber qué iban a encontrar

en ella y qué clase de peligros tendrían que afrontar.

Por el momento, afortunadamente, ninguno.

La gruta estaba tranquila.

Silenciosa.

Solitaria...

Aparentemente, al menos.

Claro que el capitán Tacher no solía fiarse nunca de las apariencias.

Por ello, posó los pies en el suelo, a sólo unos tres metros de la entrada, y apagó el motor de su propulsor individual, siendo imitado por Zico Bakrac y por el profesor Bessell.

Desde allí, con las armas firmemente empuñadas; observaron el interior de la gruta. Era más grande de lo que ellos habían pensado, pues se ensanchaba a medida que profundizaba en las entrañas de la achatada montaña, y el suelo tenía una acusada pendiente.

La luz que se filtraba por la hendidura iluminaba suficientemente la gruta, por lo que los tres varones terrestres pudieron escrutarla bien, aunque sólo, naturalmente, hasta donde sus ojos alcanzaban.

Era lógico pensar que, a medida que la gruta profundizaba en la montaña, la luz fuese decreciendo. A menos, claro, que la gruta tuviese otras salidas, por las que también se filtrase la luz de las estrellas que iluminaba Mongo.

—Aquí no parece haber nadie, capitán —murmuró Zico.

—Eso no quiere decir que no lo haya —repuso Dragan.

—¿No nos habremos equivocado de gruta, capitán Tacher? —preguntó Cedric Bessell.

—La entrada tiene forma de pico, profesor —recordó Dragan—. Y es la única que hay así.

—¿Qué hay de la voz, capitán? —inquirió el científico.

—No he vuelto a oírla.

—¿Cómo es eso?

—No lo sé. Desde que me indicó cómo era la entrada de la gruta donde se halla cautivo, el telépata no ha vuelto a enviarme ondas cerebrales.

—Es extraño, ¿no? —comentó el musculoso Zico.

—Quizá no ha podido hacerlo.

—¿Exploramos la gruta, capitán Tacher? —sugirió Cedric,

—Sí, tenemos que adentrarnos en ella. Y estoy seguro de que encontraremos algo, profesor. No nos hemos equivocado de gruta, puede estar tranquilo.

—¿Y el doctor Geisler y las chicas...? —preguntó Zico.

—Nos esperarán aquí y cuidarán de nuestros propulsores. Nos moveremos mejor sin ellos.

—

Buena idea, capitán.

Dragan, Zico y el profesor Bessell se despojaron de sus respectivos propulsores y los dejaron en el suelo, junto a la pared de la gruta. Después, Dragan se asomó a la hendidura e indicó al doctor Geisler y las muchachas que penetrasen en la gruta.

Jupp, Aliona y Tarita obedecieron, se posaron en el suelo, y apagaron los motores de sus propulsores.

—El profesor Bessell, Zico y yo vamos a adentrarnos en la gruta, en busca de la persona que nos pidió ayuda —dijo Dragan—. Ustedes tres, doctor Geisler, aguarden aquí.

—¿Por qué no nos adentramos todos juntos, capitán? —sugirió el médico.

—Eso —dijo al instante Aliona.

—Sí, creo que sería lo mejor —opinó Tarita.

Dragan Tacher movió la cabeza en sentido negativo.

—Ustedes deben permanecer aquí, vigilando la entrada de la gruta. El peligro puede estar al fondo de la gruta, pero también puede llegar de fuera, y no me gustaría que nos sorprendiesen por la espalda. ¿Entendido?

—Tiene usted razón, capitán Tacher —reconoció Jupp. Aliona y Tarita tampoco insistieron.

Dragan, Zico y el profesor Besell se adentraron cautelosamente en la gruta, sin sospechar que iban camino de una diabólica trampa, tendida precisamente por el cerebro que le enviara las ondas telepáticas al capitán Tacher.

Un cerebro poderoso. Demoníaco. Asesino...

*
*
*

El capitán Tacher, el profesor Bessell y Zico Bakrac seguían adentrándose con precaución en la gruta, conscientes de que el peligro podía surgir en cualquier momento.

Ya no podían ver al doctor Geisler, a Aliona Fossey, y a Tarita Ware, porque la gruta se volvía más y más tortuosa a medida que profundizaba en la roma montaña, y la claridad era cada vez menor, aunque seguía siendo suficiente para continuar adentrándose en la misteriosa gruta.

De repente, se escuchó un rugido.

Largo.

Poderoso.

Estremecedor...

Dragan, Zico y el profesor Bessell se detuvieron al instante.

Los dos primeros ya tenían el dedo índice en el disparador de sus respectivos subfusiles de rayos infrarrojos. También el sabio acariciaba el gatillo de su pistola de rayos láser, presto a presionarlo en cuanto apareciese el animal que había emitido aquel escalofriante rugido.

Animal, sí, pues estaba claro que se trataba de una bestia de gran tamaño. Una fiera menor no hubiera podido lanzar un rugido tan potente y tan aterrador.

Y la bestia apareció.

Súbitamente.

Mostrando sus terroríficos colmillos.

Se trataba de un gigantesco reptil de cuerpo comprimido y larga cola, piel gruesa, cubierta de tubérculos, ojos grandes y salientes, que se movían con independencia el uno del otro, cuatro extremidades cortas, lengua larguísima y contráctil.

Era de color verde oscuro, tenía una serie de aletas dorsales, muy afiladas, y su cola, prensil, resultaba tremendamente peligrosa, pues con ella solía atrapar a sus víctimas, antes

de hincarles sus feroces colmillos. También su lengua resultaba sumamente peligrosa, porque se disparaba como un látigo y aprisionaba todo aquello que tocaba.

El enorme saurio, furioso por la irrupción de seres extraños en su morada, se lanzó al ataque, dispuesto a acabar con todos ellos. Pese a su gran tamaño, se movía con una ligereza asombrosa.

El capitán Tacher y Zico Bakrac hicieron funcionar sus subfusiles de rayos infrarrojos. También el profesor Bessell hizo uso de su pistola de rayos láser.

Los tres habían reaccionado con rapidez, pero el ataque del reptil fue tan centelleante, que Cedric Bessell no pudo evitar el verse atrapado por la larga y pegajosa lengua del saurio, que se enrolló a su cintura como una serpiente pitón.

Tampoco el hercúleo Zico fue capaz de impedir que la peligrosa cola del animalote le apresara con un veloz movimiento y tirara de él con fuerza, arrancándolo literalmente del suelo.

—¡Capitán...! —chilló.

Dragan Tacher disparó de nuevo sobre el escalofriante reptil, quien, aunque herido, porque el par de rayos infrarrojos y el rayo láser le habían hecho mucho daño, aún tenía poder suficiente como para destrozarlos a los tres.

El profesor Bessell también se estaba viendo arrastrado por la temible lengua del saurio, pero aún fue capaz de utilizar nuevamente su pistola de rayos láser, disparando a la cabeza del animalote.

El capitán Tacher había tomado como blanco la cola del reptil, y como no erró su disparo, el saurio bramó de dolor y soltó a Zico, quien rodó por el suelo de la gruta.

El siguiente disparo de Dragan abrasó la viscosa lengua del animal, que inmediatamente soltó al profesor Bessell, quien también rodó por el suelo.

Afortunadamente, ni Zico ni el científico había perdido sus armas, así que desde el suelo continuaron disparando sobre el gigantesco reptil.

Y, como también Dragan siguió apretando el disparador de su subfusil de rayos infrarrojos, entre los tres consiguieron dar muerte al temible saurio, que quedó totalmente destrozado.

CAPITULO V

Aliona Fossey, Tarita Ware y el doctor Geisler habían dudado entre continuar vigilando la entrada de la gruta o acudir en ayuda del capitán Tacher, el profesor Bessell y Zico Bakrac.

Habían escuchado los aterradores rugidos, naturalmente, y adivinaban que Dragan, Cedric y Zico estaban siendo atacados por una bestia poderosa.

Por eso, y aun desobedeciendo las órdenes del capitán Tacher, Jupp, Aliona y Tarita se despojaron velozmente de sus propulsores individuales, los dejaron en el suelo, empuñaron sus pistolas de rayos láser, y corrieron hacia el interior de la gruta.

No llegaron a tiempo de intervenir, pues cuando alcanzaron el lugar en donde Dragan, Zico y Cedric habían sido atacados por el monstruoso reptil, éste era ya cadáver.

Pero, al menos, Jupp, Aliona y Tarita tuvieron la satisfacción de comprobar que el capitán Tacher, el profesor Bessell y Zico Bakrac se hallaban perfectamente.

—Vaya susto que nos dio el animalito, ¿eh, capitán? —dijo Zico, con su buen humor de siempre.

—Tremendo, sí —respondió Dragan.

—Cuando me vi atrapado por su repugnante lengua creí que no lo contaba — confesó Cedric Bessell.

—Yo pensé que el reptil iba a partirme en dos, con su poderosa cola —dijo Zico—. Menos mal que el capitán Tacher se la abrasó y el bicho me soltó al instante. Gracias, capitán.

—No hay de qué, muchacho —sonrió Dragan.

—Yo también se las doy, capitán Tacher —dijo Cedric—, Si no le hubiera abrasado la lengua al reptil tan oportunamente, no sé qué habría sido de mí.

—Me encantó abrasársela, se lo aseguro. Además, no podía permitir que el saurio se zampase al sabio más inteligente de la Tierra.

Las palabras de Dragan provocaron la risa general.

—Muy agradecido por el elogio, capitán —repuso el profesor Bessell.

—¿Qué hacemos, capitán Tacher? —preguntó Jupp

Geisler—. ¿Volvemos a la entrada de la gruta?

Dragan, tras unos breves segundos de vacilación, respondió:

—No, será mejor que sigan con nosotros, doctor Geisler. El peligro, ya lo hemos visto, estaba en el fondo de la gruta, no fuera de ella. Esta era la morada del reptil que hemos abatido. No creo que haya ninguno más, pero de todos modos lo comprobaremos, explorando la gruta hasta el fondo. Lo que me resulta extraño es lo del telépata... No ha vuelto a comunicarse conmigo, y sigo sin comprender cómo pudo llegar hasta esta gruta.

—Quizá lo capturó el reptil y lo subió hasta su madriguera, para devorarlo cuando tuviera apetito —dijo Aliona Fossey.

—No, no lo creo —rechazó Dragan—, El reptil lo hubiera matado, aunque no sintiese deseos de comérselo. Además, recuerdo muy bien que el telépata dijo que se hallaba prisionero en esta gruta, y no hubiera empleado esa expresión de hallarse en poder de un animal. Somos los seres humanos los que hacemos prisioneros a nuestros enemigos, no los animales. Estos matan, bien porque tienen hambre y necesitan alimentarse, o sencillamente por instinto.

—¿Cuál puede ser la explicación, entonces...? —intervino Tarita. Dragan encogió literalmente sus robustos hombros.

—No lo sé. Pero quizá lo averigüemos cuando lleguemos hasta lo más profundo de la gruta. En marcha, muchachos.

*
*
*

Con todos los sentidos alertas, el capitán Tacher y los miembros de su tripulación continuaron adentrándose en la gruta, llegando hasta el fondo de ella sin haber tenido que afrontar nuevos peligros.

El fondo de la gruta estaba escasamente iluminado, porque la luz del exterior llegaba a duras penas hasta allí. No obstante, los seis expedicionarios terrestres pudieron distinguir los tres enormes huevos que descansaban en lo más profundo de la gruta.

Habían sido puestos, naturalmente, por el gigantesco reptil que ellos habían abatido. Se trataba de una hembra, y tanto el capitán Tacher como los miembros de su tripulación se preguntaron inmediatamente dónde estaría el macho que había hecho posible que la hembra pusiera aquellos tres gigantescos huevos.

¿Viviría también en aquella profunda e inaccesible gruta...?

Era muy posible, desde luego, y en ese caso corrían el peligro de que la pareja del reptil abatido retornase a su guarida y los sorprendiese en ella.

Dicha posibilidad, sin embargo, no impidió que Zico Bakrac hiciese uno de sus jocosos comentarios:

—Menuda tortilla se podría hacer con uno de estos huevos, ¿eh, capitán?

Dragan y los demás rieron.

—No creo que te gustara, Zico —dijo el doctor Geisler.

—Seguro que no —opinó Tarita Ware. El profesor Bessell

suspiró y dijo:
—Bien, lo único que hemos averiguado llegando hasta aquí, hasta el fondo de la gruta, es que el reptil que liquidamos era hembra, que estaba enamorada, y que el fruto de ese amor sauriano son estos tres hermosos huevos que tenemos ante nuestros ojos. La hembra iba a ser madre, pero como ya no podrá serlo, porque la hemos matado, el padre montará en cólera cuando regrese y descubra lo que ha pasado aquí. Y, sinceramente, a mí no me gustaría estar presente cuando eso ocurra.
—Ni a mí —dijo en seguida Aliona Fossey.
—Pues, como el misterioso telépata no está aquí, creo que debemos abandonar la gruta cuanto antes, capitán Tacher —aconsejó el científico.
—Estoy de acuerdo con el profesor Bessell —dijo Jupp Geisler.
—Yo también —habló Tarita.
Dragan Tacher se mesó el cabello.
—Es evidente que el telépata no se hallaba prisionero en esta gruta, pues la hemos explorado hasta lo más profundo y no hemos encontrado ni rastro de él. ¿Por qué me dijo, entonces, que estaba en esta gruta y que corría un grave peligro...?
—No tiene explicación, desde luego —opinó Zico.
—Arriesgamos nuestras vidas, entrando en esta peligrosa
Zico Bakrac apretó sus

enormes
puños.
—¿Quiere decir que el telépata nos envió a una trampa, capitán...?

—Eso parece, Zico —asintió Dragan—. Una trampa terrible, de la que sin duda pensaba que no íbamos a salir con vida.

—¡Maldito! —barbotó Bakrac—. Cuando le echemos el guante sabrá ese tipo lo que es bueno.

—Con su silencio, desde luego, parece admitir que nos envió deliberadamente a una trampa —comentó el doctor Geisler.

—Será mejor que salgamos de aquí, antes de que regrese el macho —dijo Dragan.

Los seis expedicionarios terrestres abandonaron rápidamente el fondo de la gruta, sin sospechar que la pareja del reptil muerto estaba escalando ya la pared de la montaña, con la facilidad propia de los seres de su especie.

CAPITULO VI

El reptil macho alcanzó la hendidura en forma de pico que servía de entrada a su guarida, y se coló rápidamente por ella, sin hacer ningún ruido.

Al descubrir los propulsores individuales de los expedicionarios terrestres, el saurio supo que seres extraños habían invadido su morada, y ello le enfureció terriblemente.

Y lo demostró, dando rugidos y coletazos, a la vez que destrozaba algunos de los sofisticados propulsores con su poderosa dentadura. Por fortuna, se olvidó pronto de ellos y reptó con rapidez hacia el fondo de la gruta, sin dejar de rugir, de dar furiosos coletazos, y de soltar dentelladas al aire.

De haber continuado con los propulsores, los habría inutilizado todos y el capitán Tacher y los miembros de la tripulación se las hubieran visto y se las hubieran deseado para poder abandonar la gruta deslizándose por la rocosa y casi vertical pared, desde una altura de treinta metros, aproximadamente.

Hubiera sido una acción suicida, sin lugar a dudas.

Los tripulantes de la «Vikingo-3», naturalmente, habían oído con toda claridad los rugidos que daba el reptil macho, y adivinaban que se trataba de la pareja de la hembra muerta, que había vuelto a su madriguera.

Cuando empezaron los potentes rugidos, el capitán Tacher y los miembros de su tripulación estaban a punto de alcanzar el lugar en donde yacía rígido, abrasado, destrozado, el cuerpo sin vida del reptil hembra.

—¡Aliona! ¡Tarita! ¡Retroceded! —ordenó Dragan—, ¡Nosotros nos encargaremos del reptil macho!

Las dos muchachas obedecieron, pero no retrocedieron demasiado, pues ambas pensaron que podían ayudar a destruir al saurio macho. Eran valientes, y no por el hecho de ser mujeres iban a dejar que fuesen los cuatro hombres quienes se enfrentasen a un animal tan enorme y tan peligroso. Aliona sabía cómo utilizar una pistola de rayos láser, y Tarita no le andaba a la zaga en ese aspecto, así que ambas se aprestaron a hacer buen uso de ellas.

Con el fin de dificultar la acción de la lengua y de la cola del reptil macho, el capitán Tacher y el profesor Bessell se pegaron a la pared de la derecha, mientras que Zico Bakrac y

el doctor Geisler se pegaban a la pared de la izquierda, incrustándose los cuatro lo mejor posible en la dura roca. El enfrentamiento con el saurio hembra había servido de experiencia a Dragan, Cedric y Zico, y éstos ya sabían que los primeros segundos de la lucha eran los más difíciles y los más peligrosos. Después, y si conseguían esquivar la lengua y la cola del reptil macho, éste acusaría los efectos de los rayos láser e infrarrojos, y entonces sería mucho más fácil acabar con él.

El saurio macho estaba a punto de aparecer.

Las paredes de la gruta temblaban, lo mismo que el suelo, estremecidos por los poderosos rugidos del animalote.

Y es que el reptil macho era aún más grande, más potente y más fiero que el saurio hembra. El capitán Tacher y los miembros de su tripulación pudieron comprobarlo cuando lo vieron aparecer.

El saurio macho, el descubrir a su pareja tirada en el suelo, patas arriba, absolutamente inmóvil y rígida, con el cuerpo totalmente destrozado, pareció volverse loco de furia.

Sus rugidos fueron aún más escalofriantes, y sus coletazos más terribles. Daba, además, unos saltos tremendos, llegando a golpearse contra el techo de la gruta.

El capitán Tacher no esperó a que el enfurecido saurio los atacara, y accionó su subfusil de rayos infrarrojos, al tiempo que rugía:

—¡Disparen! ¡Disparen contra él!

El profesor Bessell, Zico Bakrac y el doctor Geisler no se hicieron repetir la orden. También Aliona Fossey Tarita Ware abrieron fuego contra el reptil macho.

El dolor de los impactos enloqueció aún más al saurio, pero, desgraciadamente, no lo detuvo. Lanzó el más espantoso de los rugidos y atacó a los expedicionarios terrestres, saltando limpiamente por encima del cadáver del reptil hembra.

Como ya suponían el capitán Tacher y los miembros de su tripulación, la lengua y la cola del saurio macho intentaron hacer presa en sus cuerpos, arrancarlos de las rocosas paredes, pero ambas encontraron dificultad para llevar a cabo su propósito.

Tarita Ware, en su afán de ayudar a acabar con la peligrosa bestia, se separó demasiado de la pared y la temible lengua del reptil consiguió trabarle las piernas, haciéndola caer.

La valerosa muchacha dio un chillido, al ver que el saurio la arrastraba hacia su monstruosa boca, sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

—¡Tarita! —gritó Aliona Fossey, dando un gran salto hacia su compañera, a la cual agarró de un brazo, impidiendo que el saurio siguiera arrastrándola hacia sus terroríficas fauces. El reptil disparó su larga cola y apresó a Aliona, quien también chilló viéndose tan perdida como Tarita.

Afortunadamente para ambas, el reptil macho ya estaba herido de muerte y empezaban a fallarle las fuerzas. Por si fuera poco, Dragan Tacher le destrozó el ojo izquierdo de un certero disparo, y Zico Bakrac le abrasó el derecho con su subfusil, dejando al animal totalmente ciego.

El profesor Bessell y el doctor Geisler, por su parte, dispararon sobre la lengua y sobre la cola del saurio con sus pistolas de rayos láser.

El reptil macho no pudo resistir tanto dolor y soltó sus presas, como si intuyera que no iba a vivir lo suficiente para devorarlas.

Y así fue. El saurio estaba medio

muerto ya.
No obstante, Aliona y Tarita gatearon con rapidez por el suelo de la gruta, para ponerse fuera del alcance de la lengua y de la cola del animal.
Mientras tanto, Dragan, Zico, Cedric y Jupp se encargaron de rematar al saurio macho, que quedó muy cerca del cuerpo de su pareja, tan quieto, tan rígido, y tan destrozado como ella.
El plan del cerebro asesino había fallado.
Pero no iba a conformarse.
Idearía otro para eliminar a los seis expedicionarios terrestres. No quería que siguiesen explorando Mongo.
Tenía que acabar con ellos.
Tan pronto como el saurio macho expiró, el capitán Tacher, el profesor Bessell, Zico Bakrac y el doctor Geisler corrieron a interesarse por Aliona Fossey y Tarita Ware.
Las dos muchachas se encontraban bien, aunque habían pasado un buen susto. Dragan Tacher las recriminó con la mirada y recordó:
—Os ordené que retrocedierais.
—-Y retrocedimos —respondió Aliona.
—
No lo

suficiente.

—Queríamos ayudar, capitán —dijo Tarita.

—Casi os cuesta la vida.

—Estamos perfectamente, sólo sufrimos un pequeño revolcón —repuso Aliona.

—El doctor Geisler nos dará unas friegas, cuando regresemos a la «Vikingo-3», y

quedaremos como nuevas —aseguró Tarita, con picara sonrisa—. ¿No es cierto, doctor...?
Jupp Geisler tosió nerviosamente, porque recordaba lo que había pasado entre él y
Tarita Ware, poco antes de aterrizar en Mongo.
—Desde luego, Tarita —respondió.
—A mí no me duele nada —dijo Aliona.
—Pues a mí me duelen varias cosas, así que solicito las friegas —insistió Tarita—. ¿Me las dará, doctor Geisler...?
—Por supuesto —contestó el médico, forzando una sonrisa.
—Gracias.
—Bien, larguémonos, no sea que el fruto de los amores de esta pareja de saurios salga de los huevos y nos ponga también en dificultades —dijo el profesor Bessell.
—Sólo faltaba eso —rezongó Aliona.

Caminaron los seis hacia la salida de la gruta, dejando atrás los cadáveres de la pareja de reptiles. Ninguno había pensado que los propulsores individuales podían haber sido dañados por el saurio macho. De ahí su sorpresa cuando vieron que los propulsores habían sufrido las iras del reptil macho.

—¡Los propulsores! —exclamó Zico.

—¡El saurio macho los destrozó! —dijo el doctor Geisler.

—¡No podremos abandonar la gruta! —gritó Tarita.

El capitán Tacher corrió hacia los propulsores y los inspeccionó.

—Hay tres, totalmente inservibles, pero los otros creo que funcionarán —hizo saber.

—¿Seguro, capitán...? —dijo Cedric Bessell.

—Sí, no parecen averiados. Los probaremos en la gruta, y si funcionan con normalidad, saldremos formando parejas. Estos propulsores pueden perfectamente con el peso de dos personas. Yo llevaré a Aliona, Zico cargará con Tarita, y usted, profesor Bessell, llevará al doctor Geisler. ¿De acuerdo...?

Los miembros de la tripulación no pusieron objeciones a la decisión del capitán Tacher, pues comprendían que no se podía hacer otra cosa, disponiendo sólo de tres propulsores.

Y, eso, contando con que funcionasen normalmente, lo cual aún estaba por ver. Si alguno de ellos fallaba, las cosas todavía se pondrían más difíciles.

Dragan Tacher se colocó uno de los propulsores que no parecían averiados, Zico Bakrac

se puso otro, y el profesor Bessell se colocó el tercero.

Encendieron los motores. Los tres funcionaban.

El doctor Geisler, Aliona Fossey y Tarita Ware se pusieron a aplaudir, alborozados.

—¡Bravo!

—¡Funcionan!

—¡Podremos salir de esta maldita gruta!

Dragan advirtió:

—Todavía hay que probar los mandos. Veamos si responden.

Maniobró con su barra de dirección y el propulsor lo elevó con toda normalidad. Zico y el profesor Bessell se apresuraron a imitarle, y también, sus mandos respondieron.

No obstante, dio la impresión de que el propulsor de Cedric Bessell encontraba alguna dificultad para realizar sus funciones, aunque fue algo tan efímero, que nadie le concedió importancia.

Los tres propulsores parecían estar en condiciones de transportar a los seis expedicionarios terrestres, por lo que Dragan, Zico y Cedric se posaron en el suelo, para cargar con Aliona, Tarita y

Jupp, respectivamente.

Aliona se agarró del cuello de Dragan, y éste le pasó el brazo por la cintura.

—¿Lista, Aliona?

—Sí, capitán —respondió la muchacha, sonriéndole con algo de malicia, pues se había pegado literalmente a él.

—Vamos allá.

Dragan Tacher realizó la oportuna maniobra, y el propulsor los elevó a los dos, sacándolos de la gruta por la parte alta de la hendidura en forma de pico.

—Nos toca a nosotros, Tarita —dijo Zico, sujetando con fuerza a la muchacha. Ella le pasó los brazos por el cuello y sonrió.

—Estoy dispuesto, Zico.

—Adelante, pues.

Zico Bakrac efectuó la maniobra correspondiente, y el propulsor los sacó a los dos de la gruta, sin ningún problema.

A continuación, salieron el profesor Bessell y el doctor Geisler.

Parecía que ellos tampoco iban a tener problemas, pero, desgraciadamente, no fue así.

El propulsor que se había colocado el científico estaba ligeramente averiado, y no podía con el peso de dos personas, por lo que empezó a perder altura con rapidez, amenazando con estrellar al profesor Bessell y al doctor Geisler contra el suelo, lo cual podía tener fatales consecuencias.

CAPITULO VII

Dragan Tacher, Aliona Fossey, Zico Bakrac y Tarita Ware se estremecieron al ver que el propulsor de Cedric Bessell fallaba, y que éste y Jupp Geisler se precipitaban inevitablemente contra el suelo.

—¡Tío Cedric...! —chilló Aliona, angustiada.

—¡Dios mío, no! —exclamó Tarita.

—¡Intente remontar el vuelo, profesor Bessell! —rugió Dragan.

—¡Tiene que recuperar el control de aparato, profesor! —gritó Zico.

El científico lo estaba intentado, naturalmente.

Con desesperación.

Sabía que su vida y la del doctor Geisler dependían de ello.

Las maniobras del sabio consiguieron dominar momentáneamente el aparato, que dejó de caer en picado y remontó ligeramente el vuelo, aunque se adivinaba que no podría mantenerse así mucho tiempo.

El propulsor no tenía fuerza suficiente.

No podía aguantar el peso de los dos hombres. Jupp Geisler, dándose cuenta de ello, pidió:

—¡Suélteme,

profesor Bessell!

—¡Se matará, doctor Geisler!

—¡Si no me deja caer, nos mataremos los dos! ¡El propulsor no puede sostenernos a ambos!

—¡Ya casi lo tengo dominado, doctor! ¡Recuperaré por completo el control!

—¡No lo conseguirá, profesor! ¡Nos estrellaremos contra el suelo! ¡Suélteme y así al menos podrá salvarse usted!

—¡Ni hablar! —respondió el sabio, y siguió luchando tenazmente por hacerse con el dominio del aparato volador.

El capitán Tacher, convencido de que todos los esfuerzos del profesor Bessell serían inútiles, indicó:

—¡Pásame a Tarita, Zico, y hazte cargo tú del doctor Geisler! El musculoso Bakrac vaciló.

—¿Podrá su propulsor con el peso de tres personas, capitán...?

—¡Aliona y Tarita pesan poco! ¡Y como tú pesas más que yo, no puedo pasarte a Aliona! ¡Tienes que ser tú quien recoja al doctor Geisler, Zico! ¡El propulsor del profesor Bessell falla, pero creo que podrá soportar el peso de un hombre solo!

—¡Está bien, capitán!

Zico le pasó a Tarita, que se agarró como pudo a Dragan Tacher.

Aliona ayudó a su compañera a sostenerse, mientras pedía al cielo que el propulsor que manejaba Dragan pudiera con el peso de los tres.

El aparato tuvo unos peligrosos bamboleos cuando los cincuenta y tantos kilos de Tarita Ware pasaron a depender

también de él, pero el capitán Tacher consiguió enderezarlo, devolviendo la tranquilidad a las dos muchachas.

—¡De prisa, Zico! —apremió Dragan.

Bakrac acudió velozmente en ayuda del profesor Bessell y del doctor Geisler, quien seguía empeñado en que el sabio lo soltara, porque veía que era imposible recuperar el control del propulsor.

Pero Cedric no quería dejarlo caer. No era capaz de eso.

O se salvaban los dos, o se precipitarían juntos contra el suelo.

Y pareció que esto último era lo que iba a ocurrir, pues el averiado propulsor volvió a fallar más de la cuenta y de nuevo perdió altura con rapidez.

El accidente parecía inevitable.

Dragan, Aliona y Tarita contuvieron la respiración.

Veían a Zico dirigirse a toda velocidad hacia Cedric y Jupp, pero no sabían si llegaría a tiempo de evitar la terrible caída, pues faltaban sólo unos metros para que los cuerpos del profesor y del médico impactasen violentamente contra el suelo.

Volando como un pájaro, Zico se cruzó por delante del profesor Bessell y le arrebató literalmente al doctor Geisler, agarrándolo por la cintura.

No es fácil sostener a un hombre con un solo brazo, pero Zico los tenía de acero, y cargó con él como si cargara con un almohadón de plumas.

Al prescindir de los casi setenta kilos del doctor Geisler, el profesor Bessell apenas tuvo dificultades para recuperar el dominio de su propulsor, logrando remontar el vuelo cuando ya sólo faltaban un par de metros para que su cuerpo se estrellase duramente contra el suelo.

Se habían salvado los

dos.
Por un pelo, pero se habían salvado.

*
*
*

Dadas las circunstancias, los expedicionarios terrestres no tuvieron más remedio que emprender el regreso a la «Vikingo-3». No podían proseguir la exploración del planeta con sólo tres propulsores, y uno de ellos en deficiente estado.

El aparato del profesor Bessell podía dejar de funcionar en cualquier momento, y también el propulsor del capitán Tacher podía acusar el exceso de peso que transportaba, así que lo más sensato era volver a la astronave.

Por fortuna, consiguieron alcanzar la «Vikingo-3» sin que el propulsor del profesor Bessell se negase a transportar el peso de un solo hombre, quien además tenía la suerte de estar delgado, y sin que el propulsor de Dragan Tacher presentase problemas por cargar con un hombre y dos mujeres.

Tampoco el aparato de Zico Bakrac se quejó, así que todos llegaron sanos y salvos a la astronave, que seguía posada tranquilamente en la vasta planicie.

—Las pasamos canutas, ¿eh, profesor? —fue lo primero que dijo Jupp Geisler, cuando se vio de nuevo en la «Vikingo-3».

—Verdaderamente canutas, doctor Geisler —respondió Cedric Bessell, con una sonrisa.

—Debió usted soltarme, profesor. Su vida es más valiosa que la mía.

—No diga tonterías, doctor. Su vida es tan preciosa como la mía. La suya, y la de cualquier otro miembro de la tripulación. Por eso me negué a dejarle caer.

—Gracias, profesor Bessell. Y a ti también, Zico. Con tu intervención, no sólo salvaste mi vida, sino la del profesor Bessell. Unos segundos más, y los dos nos hubiésemos estrellado contra el suelo.

—
Eso
es
cierto
—
dijo
Cedric.
Zico
Bakrac
sonrió.

—Fue idea del capitán Tacher. El se arriesgó a hacerse cargo también de Tarita, y yo quedé libre para poder socorrerle. Afortunadamente, llegué a tiempo de evitar el accidente.
—Así es la vida —suspiró el profesor Bessell—. El propulsor del capitán Tacher pudo con tres personas, y el mío a duras penas podía con una. ¿Verdad que resulta irritante, doctor Geisler...?
—El médico se echó a reír, siendo imitado por Dragan, Aliona, Zico y Tarita. Después, Cedric Bessell preguntó:
—¿Vamos a continuar la exploración de Mongo con otros propulsores, capitán Tacher, o nos tomamos un descanso?
—Yo voto por lo segundo —dijo el doctor Geisler—. Después de las dificultades que hemos tenido que superar, creo que a todos nos vendrán bien un par de horas de reposo.
—Estoy completamente de acuerdo —opinó Aliona.
—Y yo —dijo al instante Tarita—. Además, a mí me siguen doliendo varias cosas, a causa del revolcón que me hizo dar el saurio macho —añadió, masajeándose la cadera.
Dragan Tacher sonrió.
—Está bien, nos tomaremos un par de horas de descanso. Después, seguiremos explorando Mongo. Tenemos que localizar a nuestro amigo el telépata, porque Zico quiere decirle algo. ¿No es cierto, Zico...?
Bakrac levantó su puño derecho.
—¡Con esto se lo diré, capitán!
Volvieron todos a reír.

CAPITULO
VIII

Los tripulantes de la «Vikingo-3» se habían dispersado, dirigiéndose el profesor Bessell a la cabina de mandos, el capitán Tacher y Aliona Fossey a los camarotes, y el doctor Geisler a la enfermería. Tarita Ware hizo ademán de seguir a Jupp Geisler, pero Zico Bakrac la cogió del brazo y la retuvo.
—¿Adónde vas, Tarita?
—A la enfermería, para que el doctor Geisler me dé las friegas.
—Puedo dártelas yo, si quieres.
—Tú no eres médico, Zico.
—Pero sé dar friegas.
Tarita le pellizcó la barbilla, con malicioso gesto.
—No son esa clase de friegas las que yo necesito ahora, sinvergüenza.
—Vamos a mi camarote, Tarita. Tengo ganas de hacer el amor.
—Lo haremos en cuanto el doctor Geisler me haya dado las friegas, ¿de acuerdo?
—¿Por qué no ahora? —insistió Zico.
—Porque tengo dolores, y si el doctor Geisler no me los quita, no podré gozar con nuestra unión.
¿Tendrías ganas tú de hacer el amor, si te dolieran los riñones...?
—Me temo que no —sonrió Bakrac.
Tarita le dio un beso en los labios y rogó:
—Ten un poco de paciencia, ¿eh, cariño?
—Está bien —suspiró Zico, y le soltó el brazo.
Tarita trotó hacia la enfermería. Ligera como una gacela.

Como
si
no
le
doliera
nada.
Y es que, en realidad, nada le dolía.
Lo de las friegas era sólo un pretexto para poder ponerse en manos del doctor Geisler y continuar lo que Aliona Fossey, tan involuntariamente como inoportuna, interrumpió cuando la «Vikingo-
3» se estaba aproximando a Mongo.

*
*
*

Jupp Geisler estaba esperando a Tarita Ware, para darle las friegas... y todo lo que ella quisiera. Por eso, cuando la vio entrar resueltamente en la enfermería, no se sorprendió en absoluto.
—Tarita... —murmuró, mirándola con deseo.
Ella se abrió el traje hasta la cintura y sugirió en tono sensual:
—¿Pasamos a la cabina de reconocimientos, doctor...?
—Antes dime una cosa.
—Todas las que quiera.
—¿Es cierto que te duelen algunas cosas?
Tarita mostró sus opulentos y agresivos pechos, y respondió:

—Estas dos.
—Bromeas, ¿verdad?
—¡No!
—Pretendes tomarme el pelo de nuevo, lo sé.
Tarita se le acercó, le cogió las manos, y las puso en sus senos, confesando:
—No me duelen, sólo están ansiosos de caricias. De sus caricias, doctor Geisler. Jupp se los oprimió suavemente.
—¿Has venido a hacer el amor conmigo, Tarita? —Claro. Antes, no pudimos.
—Tal vez ahora tampoco nos dejen.
—Como entre alguien en la enfermería, lo muerdo. Jupp Geisler rió y dijo:
—Eres un encanto de chica, Tarita.
Ella le cercó el cuello con sus brazos y susurró:
—Béseme, doctor.
Y el médico, naturalmente, la complació.

*
*
*

El capitán Tacher llevaba sólo un par de minutos en su camarote, cuando la puerta se abrió, dando paso a Aliona Fossey. Dragan no se sorprendió, pues esperaba la visita de la muchacha.

Ella pegó su espalda a la puerta, se puso las manos en las caderas, sonrió atrevidamente y dijo:

—Creo que yo también necesito unas friegas, Dragan.

—¿De veras?

—Sí, como las que el doctor Geisler le debe de estar dando a Tarita.

—Yo no soy médico, Aliona.

—Tarita no fue en busca del médico, sino del hombre. El capitán Tacher entrecerró un ojo.

—¿Cómo lo sabes?

—Tarita desea hacer el amor con el doctor Geisler. Ella misma me lo confesó.

—Vaya —carraspeó Dragan—. ¿Y el doctor Geisler...?

—También lo desea.

—Oh, entonces no hay problemas. Cuando un hombre y una mujer desean lo mismo...

—Es nuestro

caso,

¿no?

—Creo que sí —sonrió Dragan.

—¿Qué haces ahí parado? Ya tenías que estar besándome.

—Tienes razón.

Dragan Tacher dio dos pasos y enlazó por la cintura a la sobrina del profesor Bessell. Después de mirarla a los ojos, la besó en los labios con ganas.

Aliona Fossey alzó una mano y empezó a abrirse el traje para que Dragan pudiera acariciarle los senos. Dragan se dio cuenta de ello, y se apresuró a deslizar su mano por la abertura del traje, alcanzando los pechos de Aliona, cálidos, tersos, duros...

La muchacha tuvo un estremecimiento de placer.

—Te quiero, Dragan, te quiero... —musitó.
—Y yo a ti, Aliona —respondió Tacher, y la besó de nuevo con pasión.
Escasos minutos después, hacían el amor en la litera del camarote, entregándose totalmente el uno al otro, como siempre.

*
*
*

Zico Bakrac había dudado entre dirigirse a su camarote, y esperar allí a que Tarita Ware regresase de la enfermería, para hacer el amor con ella, o reunirse en la cabina de mandos con el profesor Bessell.
Finalmente, el joven se decidió por lo primero.
Confiaba en que lo de las friegas no durase mucho, y Tarita estuviese pronto en sus musculosos brazos, recibiendo y devolviendo sus besos y sus caricias, estremecida de placer.
Zico entró en su camarote, se despojó del cinto, del traje y de las botas, y se tendió en su litera, cubierto únicamente con el breve slip brillante.
Con las manos bajo la nuca, ansioso e impaciente, aguardó el regreso de Tarita, la mujer que le tenía sorbido el seso. Ninguna le había gustado tanto como ella, y eso que había intimado con bastantes.
De repente, Zico creyó oír una voz.
Extraña.
Débil.

Lejana...

No pudo precisar si se trataba de un hombre o de una mujer, pero sí supo adivinar que la misteriosa voz había sonado en el interior de su cabeza, en su mismísimo cerebro.

¡Era el telépata! Estaba tratando de comunicarse con él!

¡Quería decirle algo!

Zico Bakrac estuvo a punto de brincar de la litera y correr en busca del capitán Tacher, pero la extraña voz, ahora más fuerte y más clara, le ordenó que no se moviera.

El joven, nervioso, se llevó las manos a las sienes y se las oprimió con fuerza. Con los ojos apretadamente cerrados, preguntó:

—¿Quién eres?... ¿Qué diablos quieres?... ¿Por qué engañaste al capitán Tacher?

—Soy tu amigo, Zico —dijo el telépata.

—¿Amigo...? ¡Nos enviaste a los seis a una trampa maldito!

—No es cierto, terrestre.

—¡Dijiste que estabas prisionero en aquella peligrosa gruta, y no era verdad! ¡No estabas allí! ¡Sólo estaba el saurio hembra, y luego vino el saurio macho! ¡Estuvimos a punto de morir devorados por tu culpa telépata del demonio!

—Te demostraré que soy tu amigo, Zico.

—¿Cómo?

—Informándote de que Tarita, la mujer que tú tanto deseas, te está engañando con otro hombre. Zico abrió los ojos de golpe.

—

¿Qué...?
—En estos momentos está haciendo el amor con el doctor Geisler.
—
¡No!

¡Mientes,
maldito!

—Te estoy diciendo la verdad, Zico. Tarita está gozando con el doctor Geisler. Esa mujer no es digna de tu amor. Es mentirosa y perversa. Debes acabar con ella.
Zico respingó.
—¿Matar a Tarita...?
—Sí, y al doctor Geisler también. Así vengarás tu orgullo de hombre, que ellos dos han herido tan profundamente.
—¡Estás loco!
—Lo harás, Zico.
—¡No puedo matar a Tarita! ¡Ni al doctor Geisler!
—Los matarás, terrestre. Yo te ayudaré a acabar con ellos —prometió el cerebro asesino.

CAPITULO IX

Zico Bakrac saltó de la litera.
Temía la influencia mental de aquel ser ruin y desconocido, capaz de comunicarse con otros seres mediante ondas cerebrales, que llegaban nítidamente a su destino.
¿Podría apoderarse de su voluntad...?
¿Llegaría a dominarle con su poderoso cerebro...?
¿Conseguiría hacer de él un robot dócil y obediente...?
Estas y otras preguntas parecidas se hacía Zico Bakrac, mientras se apretaba rabiosamente la cabeza, tratando inútilmente de arrancar de ella la extraña voz del telépata.
—¡Sal de mi cerebro, maldito! —rugió—. ¡Aléjate de mi cabeza! ¡Si quieres algo de mí, da la cara, cobarde! ¡Te la partiré con mucho gusto!
La voz del telépata volvió a sonar en lo más profundo del cerebro de Zico:
—No tengo cara, terrestre.
—¿Qué?
—Ni cuerpo.
—¿Cómo es posible...?
—Soy solamente un cerebro.
—¿Un cerebro?
—Si, un cerebro humano, sólo que mucho más grande. Y, en consecuencia, mucho más poderoso.
—¿Quieres decir que no tienes ojos, ni boca, ni brazos, ni piernas, ni nada de nada...?
—preguntó Zico cuya perplejidad no tenia limites.
—Soy solamente un cerebro, ya te lo he dicho. Un cerebro enorme, gigantesco, que domina totalmente] Mongo. Yo soy el amo y señor de este planeta, y no permitiré que ni vosotros ni nadie altere la paz y la tranquilidad de Mongo.
—Por eso nos hiciste entrar en la guarida de los peligrosos saurios, ¿eh?
—Me sirvió para calibrar el poder de vuestras armas y vuestra capacidad de defensa.
—¿Y?...
—Son muy estimables, tengo que reconocerlo.
—Nos tienes miedo, ¿verdad, cerebro gigante?
—No, en absoluto. No dispongo de armas, ni podría usarlas aunque las tuviera, pero no os temo, terrestres. Mc basta con el poder de mi mente para defenderme de vosotros

eficazmente. Puedo expulsaros de Mongo Y puedo, también, acabar con vosotros, si no abandonáis voluntariamente mi planeta.

—Te encontraremos, cerebro, y entonces...

—Deja eso y ocúpate de Tarita y el doctor Geisler. Zico.

—No pienso hacerles nada.

—¿Cómo es posible?

—Tarita no es mi esposa. Ni siquiera mi novia. No puedo prohibirle que haga el amor con otros hombres.

—Pero te disgusta que en este momento se encuentre en brazos del doctor Geisler, confiésalo.

—Es cierto, pero te repito que...

—Te ordeno que vayas inmediatamente a la enfermería y acabes con los dos. Zico.

—Me niego rotundamente.

—Entonces, tendré que obligarte.

—No podrás, maldito.

—Claro que podré. Mi cerebro es muy superior al tuyo, y no me será difícil adueñarme de tu voluntad.

—¡No lo intentes!

Zico Bakrac dejó de oír la extraña voz que sonaba en su cerebro, lo que le hizo pensar que aquel malvado ser que dominaba Mongo iba a dejarlo en paz.

No fue así.

El cerebro gigante empezó a enviarle otra clase de ondas mentales. Zico no escuchaba voz alguna, pero comenzó a sentir dolor.

Un dolor intenso, agudo, terrible.

Lo sentía en el interior de su cabeza.

En el mismo cerebro.

Era como si un centenar de avispas le estuviesen clavando sus aguijones en él, todas a la vez, repetidamente.

Zico no pudo resistirlo, y cayó al suelo.

Se revolcó por él, agarrándose la cabeza desesperadamente. El dolor era insufrible.

Se volvería loco, si no remitía.

Zico se tiraba del pelo, se arañaba la cara, se estrujaba las orejas, se mordía los labios y los puños, pataleaba, se contorsionaba, chillaba...

De pronto, el dolor empezó a remitir.

Zico quiso preguntarse qué pasaría ahora, pero no pudo. Ya no podía preguntarse nada.

No podía pensar.

Era como si no tuviese cerebro.

Se diría que se lo habían extirpado.

No era así, desde luego.

Zico seguía teniendo cerebro, aunque ya no era dueño de él.

Su mente estaba controlada a distancia por el cerebro gigante que reinaba en Mongo. Por eso, cuando el poderoso cerebro le ordenó que fuera en busca de Tarita Ware y el doctor Geisler, Zico se puso en pie y salió del camarote, tal como iba, cubierto sólo con el reducido slip brillante.

Ya no era dueño

de su
voluntad.
Se había convertido en una especie de
autómata al servicio del cerebro gigante.
El cerebro asesino quería que matase a Tarita Ware y al doctor Geisler, y Zico Bakrac los mataría, si alguien no lo impedía.

*
*
*

El profesor Bessell seguía en la cabina de mandos de la «Vikingo-3», enfrascado en su trabajo. De pronto, necesitó algo que tenía en su camarote, y no tuvo más remedio que ir a buscarlo.

Casualmente, se tropezó con Zico Bakrac.

El sabio se quedó parado al descubrir que Zico iba prácticamente desnudo. Le extrañó, también, su forma de caminar.

El joven parecía un robot.

En cuanto a la expresión de su cara...

Era talmente una máscara de granito, carente de vida, de emociones, de sentimientos.

—Zico... —musitó el científico, absolutamente estupefacto. El joven no habló.

Ni siquiera pareció ver a Cedric Bessell.

Y eso que pasó por delante de él, rozándole casi.

El profesor Bessell reaccionó y agarró del brazo al joven, obligándolo a detenerse.

—¡Zico!

Bakrac lo miró fríamente.

—Suélteme, profesor.

—¿Qué diablos te ocurre?... ¿Adónde

vas?... ¿Por qué estás desnudo?
—Tengo que acabar con Tarita y con el doctor Geisler. El sabio dio un fuerte respingo.
—¿Que tienes qué...? —exclamó, con ojos agrandados.
—Están haciendo el amor en la enfermería. Tengo j que matarlos a los dos.
—¡Tú no estás bien de la cabeza, muchacho!
—Déjeme, profesor.
—¡Ni hablar!
De nada sirvió que el profesor Bessell intentara retener por la fuerza a Zico Bakrac, ya que éste le dio un tremendo empujón y lo estampó contra la pared.
El científico cayó al suelo, medio aturdido por el violento impacto.
Zico echó a andar de nuevo como un autómata, camino de la enfermería.

*
*
*

El doctor Geisler y Tarita Ware ya habían hecho el amor, aunque continuaban en la cabina de reconocimientos. El médico se había vestido, pero la muchacha seguía prácticamente desnuda, ya que sólo se había puesto el minúsculo slip plateado.
Estaban los dos sentados en la alargada mesa de exploraciones, que ellos habían utilizado como cama en aquella su primera unión íntima, que tan satisfechos los había dejado a ambos.

Jupp Geisler rodeaba con su brazo derecho los preciosos hombros de Tarita Ware, y con su otra mano le acariciaba los muslos, las caderas y los pechos, mientras intercambiaban algún que otro beso.

—Le ha gustado, ¿verdad, doctor? —preguntó la muchacha.

—Muchísimo —confesó el médico.

—A mí también.

—¿De veras?

—¿Lo duda, acaso...?

—Bueno, es que entre Zico y yo hay una gran diferencia.

—No diga tonterías, doctor.
—Es la verdad, Tarita. Zico es mucho más joven que yo, más fuerte, más alto, más musculoso, y es lógico que con él lo pases mejor que conmigo.
—Doctor Geisler, yo le aseguro que...
Tarita no completó la frase, porque había oído entrar a alguien en la enfermería. El doctor Geisler también se había dado cuenta, por lo que saltó rápidamente de la mesa de exploraciones y salió de la cabina de reconcimientos.
Al descubrir a Zico Bakrac, se quedó clavado. No comprendía que el joven fuera en slip. Y como además traía aquella cara...
Zico se detuvo un instante, lo miró gélidamente a los ojos, y dijo:
—He venido a matarle, doctor Geisler. Y a Tarita también.

CAPITULO X

Jupp Geisler sintió un profundo escalofrío, que le estremeció de pies a cabeza. En la cabina de reconocimiento, Tarita Ware también se estremeció de arriba abajo, pues había oído claramente las palabras de Zico Bakrac.

Naturalmente, ambos pensaron que Zico quería matarlos porque adivinaba que habían hecho el amor. No sospechaban que su mente se hallaba controlada por el cerebro gigante que dominaba Mongo, y que había acudido allí, a la enfermería, impulsado por las ondas telepáticas que le enviaba el diabólico ser.

Zico Bakrac avanzó hacia el doctor Geisler. Este dio un salto hacia atrás.

—¡Espera, Zico! ¡No es lo que tú supones!

Bakrac no se detuvo.

Jupp Geisler quiso retroceder de nuevo, pero Zico extendió sus largos y musculosos brazos con rapidez, lo agarró con sus manazas, y lo levantó como si levantara una maceta.

El médico pataleó en el aire, aterrorizado.

—¡Socorro, Tarita...! —chilló.

Tarita Ware, que también había saltado de la mesa de exploraciones y ya se disponía a enfundarse el traje, se plantó de un salto en la puerta de la cabina de reconocimientos, con el traje en las manos.

Al ver que Zico había levantado al doctor Geisler por encima

de su cabeza, y que parecía decidido a estrellarlo contra el suelo, dio un respingo y gritó:

—¡Detente, loco!

Zico la miró.

A causa del respingo, a Tarita le había caído el traje al suelo, por lo que se exhibía prácticamente desnuda.

—Has hecho el amor con el doctor Geisler —dijo Zico.

—¡No! —mintió Tarita.

—Estás desnuda.

—¡Tuve que quitarme el traje para que me diera las friegas! ¿O es que has olvidado ya que vine a eso...? —Viniste a hacer el amor con el doctor Geisler.

—¡No es cierto! ¡Dígaselo usted, doctor!

—¡Tarita dice la verdad, Zico! —mintió también Jupp, que seguía en alto— ¡Se desnudó para que le diera las friegas!

—Tarita es una zorra. Y usted un cerdo, doctor Geisler —dijo Zico, y levantó un poco más al médico, para que el impacto fuese más duro—. Voy a acabar con los dos.

Tarita adivinó que Zico iba a lanzar al doctor Geisler contra el suelo, y corrió en ayuda del médico.

—¡No lo arrojes contra el suelo, pedazo de bruto! —gritó, saltando sobre Zico.

Su intención era derribarlo, pero no resultaba sencillo tumbar de un empellón a un hombre de la talla y corpulencia de Zico, y éste ni siquiera trastabilló.

—¡Lo siento, forzudo, pero no tengo más remedio que hacer esto! —rezongó Tarita, y le incrustó la rodilla derecha entre los poderosos muslos.

No fue un rodillazo terrible, ni mucho menos, pero si causó el suficiente dolor como para que Zico dejara caer al doctor Geisler y se encogiera, al tiempo que se llevaba las manos al breve slip.

Jupp Geisler se hizo un poco de daño, porque cayó desde más de dos metros de altura, pero mucho menos del que se hubiera hecho si el hercúleo Zico lo hubiera estampado contra el suelo con todas sus fuerzas.

El médico intentó apartarse rápidamente del peligroso Zico, para que éste no lo atrapara de nuevo. Lo consiguió, porque había caído detrás de él, y Zico, por el momento, no lo veía.

Tarita también quiso apartarse de Zico, tras el rodillazo en los genitales, pero ella no tuvo tanta suerte, porque Zico sí la veía y no permitió que se pusiera fuera del alcance de sus manazas.

La agarró del brazo, con una de ellas, y con la otra le soltó una tremenda bofetada. Tarita dio un grito de dolor, y si no cayó al suelo, fue porque Zico no le soltó el brazo y la sostuvo.

—¡Perra! —rugió el joven, y se dispuso a atizarle una segunda bofetada.

—¡no la golpees, bestia! —gritó el doctor Geisler, saltando valientemente sobre la amplia espalda de Zico.

Le aprisionó el cuello con un brazo, y con el otro le sujetó la mano que pretendía descargar por segunda vez sobre la cara de Tarita.

Pero Zico era mucho enemigo.

Y, además, actuaba dominado por el cerebro gigante que reinaba en Mongo.

Por eso, derribó a Tarita de un empujón, agarró por la cabeza a Jupp, y lo arrancó de su espalda con suma facilidad, volteándolo espectacularmente por encima de su cabeza.

El médico se dio un buen batacazo, quedando tendido muy cerca de Tarita, cuya mejilla izquierda estaba muy roja y algo hinchada, a causa de la feroz bofetada que le propinara Zico.

Este los miró a los dos y dijo:

—Os voy a quebrar todos los huesos.

Jupp y Tarita se estremecieron, pues sabían que Zico tenía poderío suficiente para hacerlos pedazos a ambos con sus propias manos.

Por suerte para ellos, en aquel preciso instante se abrió la

puerta y el capitán Tacher irrumpió en la enfermería, seguido del profesor Bessell.
—¡Quieto, Zico! —ordenó Dragan,

* * *

El doctor Geisler y Tarita Ware respiraron aliviados al ver aparecer al capitán Tacher y al profesor
Bessell.
Y era lógico, pues si había alguien con poder físico suficiente para reducir a Zico Bakrac, ése era
Dragan Tacher, no cabía duda.
Dragan, al igual que Zico, se cubría únicamente con un reducido slip brillante. Había terminado de hacer el amor con Aliona Fossey cuando el profesor Bessell se presentó en su camarote, para informarle de lo que sucedía, y no quiso perder tiempo colocándose el traje, las botas y el cinto.
Aliona, claro, no tuvo más remedio que vestirse, y por eso no había llegado con Dragan y Cedric. Pero no tardaría en aparecer, pues ella también quería saber qué demonios le ocurría a Zico.
Este se volvió hacia Dragan Tacher.

—No se meta en esto, capitán.

—Tengo que hacerlo, Zico. El profesor Bessell me dijo que quieres matar al doctor Geisler y a Tarita, y eso..,

—Estaban haciendo el amor, capitán. Ellos lo niegan, pero yo sé que es cierto.

—Aunque lo sea, no es motivo suficiente como para desear acabar con los dos.

—Pues voy a hacerlo, capitán Tacher. Y si trata usted de impedirlo, lo mataré también. Dragan se fijó bien en la expresión del joven.

—A ti te ocurre algo. Zico. Tu cara no es normal, como tampoco lo son tus palabras.

—Le repito que no se meta en esto, capitán.

Justo en ese momento, ¡legó Aliona Fossey.

—¿Qué sucede, tío Cedric...? —preguntó, cogiéndose de su brazo.

El sabio, con el gesto, le rogó que guardara silencio.

Aliona miró al doctor Geisler y a Tarita Ware. Los dos seguían en el suelo.

La casi total desnudez de Tarita no sorprendió a Aliona, pues ésta sabía que su compañera había acudido a la enfermería con la única intención de hacer el amor con el doctor Geisler.

La tensión era grande.

Zico parecía decidido a acabar con Jupp y Tarita, a pesar de

las palabras del capitán Tacher, y éste, naturalmente, tendría que impedirlo.

Si se producía el enfrentamiento, la lucha sería terrible.

Dragan no quería pelear con Zico, pero, al igual que los demás, pensaba que sería inevitable. Zico, efectivamente, hizo ademán de golpear al doctor Geisler.

Tarita dio un chillido. También Aliona gritó.

Dragan no tuvo más remedio que saltar sobre Zico.

—¡Detente, muchacho!

Cayeron los dos al suelo. Y comenzó la lucha.

Una lucha titánica, como ya se esperaba, dada la extraordinaria fortaleza de los dos hombres.

El doctor Geisler y Tarita Ware se irguieron con prontitud y se apartaron del capitán Tacher y Zico Bakrac, para no verse arrollados por éstos.

Tarita recogió su traje y se lo enfundó con rapidez, diciéndose que ya había permanecido demasiado tiempo con casi todo al aire. Nadie, sin embargo, se enteró de que Tarita se ponía el traje, pues el profesor Bessell, Aliona Fossey y el doctor Geisler se hallaban exclusivamente pendientes de la dura

pelea que estaban sosteniendo el capitán Tacher y Zico Bakrac.

Ambos se habían puesto en pie.

Dragan le estrelló el puño en la mandíbula a Zico, haciéndolo vacilar pero cuando se disponía a golpearle con el otro puño, Zico le soltó un patadón en el estómago.

El capitán Tacher se encogió, dando un rugido de dolor.

Zico levantó el puño derecho, para descargarlo sobre la cabeza de Dragan, pero éste le adivinó la intención y lo embistió con la suya, derribándolo.

Después, prosiguieron la lucha en el suelo.

Zico consiguió hacerle una magnífica presa al capitán Tacher, amenazando con romperle el cuello. Fueron unos instantes realmente dramáticos y angustiosos, pero Dragan logró incrustar su codo

en el higa do de Zico, y éste no tuvo más remedio que soltarle, al tiempo que emitía un aullido de dolor.
El capitán Tacher se incorporó velozmente.
Zico quiso ponerse también en pie, pero Dragan le soltó un «hachazo» en el cuello, con el filo de su mano derecha, y el joven se desplomó en el acto.
Fue el final de la terrible lucha, porque Zico había perdido el conocimiento.

CAPITULO XI

El capitán Tacher, jadeante todavía por el esfuerzo, dijo:

—Esperemos que, cuando vuelva en sí, se haya aplacado ya su furia.

—Su furia... o lo que sea —murmuró el profesor Bessell.

—Sí, su comportamiento no ha podido ser más extraño —repuso Dragan.

—Creo que Zico se ha vuelto loco —opinó Tarita Ware—. Estaba decidido a acabar con el doctor Geisler y conmigo. Incluso con usted, capitán Tacher.

—Su cara tenía una expresión muy rara, desde luego — señaló Jupp Geisler, al tiempo que se llevaba las manos a la espalda.

—¿Se encuentra usted bien, doctor? —preguntó Dragan.

—Sí, no se preocupe, capitán. Zico me dio dos buenos porrazos, pero creo que tengo todos los huesos sanos.

—¿Y tú, Tarita...?

—A mí sólo me dio una bofetada. Pero qué bofetada, capitán... —la muchacha se masajeó la mejilla izquierda.

—A mí también me estampó contra la pared, cuando intenté retenerlo —dijo Cedric Bessell—. Y es que Zico no parecía dueño de sí mismo. Caminaba y actuaba como un robot, ya se lo dije al capitán Tacher.

Dragan se pasó la mano por el cabello.

—Me pregunto si nuestro amigo el telépata no habrá tenido algo que ver con el extraño comportamiento de Zico — rezongó.

—¿El telépata...? —exclamó Aliona Fossey.

—Quizá se puso en comunicación con Zico y lo trastornó con

sus ondas cerebrales.

—Es muy posible, capitán —opinó el profesor Bessell—. El cerebro de ese ser debe tener más poder que los nuestros, y seguramente se adueñó de la voluntad de Zico.

—Sí, parece la explicación más lógica —dijo el doctor Geisler.

—Pues, si ese misterioso personaje posee el poder suficiente como para anular la voluntad de cualquiera de nosotros, nos enfrentamos a alguien terriblemente peligroso —observó Tarita Ware.

—Y tan peligroso —asintió Dragan.

—Veremos si Zico recuerda lo que le sucedió, cuando despierte —dijo Cedric Bessell.

—Confiemos en ello, profesor. Nos aclararía muchas dudas —respondió Dragan Tacher.

*
*
*

Cuando Zico Bakrac abrió los ojos, se encontró en la cabina de reconocimientos, acostado en la mesa de exploraciones. El seguía en slip, pero el capitán Tacher ya se había vestido. Además de Dragan Tacher, se hallaban presentes el doctor Geisler, el profesor Bessell, Aliona Fossey y Tarita Ware. Entre los cinco formaban una especie de semicírculo en torno a la alargada mesa.

Dragan se aprestó para intervenir, caso de que el despertar de Zico fuera agresivo y belicoso. Pero, afortunadamente, el joven se mostró calmado y tranquilo.

Incluso pareció sorprenderse de encontrarse allí, en la cabina de reconocimientos, rodeado del resto de los miembros de la tripulación. Levantó ligeramente la cabeza y preguntó:

—¿Qué hago yo aquí?... ¿Qué ha pasado?... ¿Por qué me miran todos de ese modo?

Por la expresión de Zico, el capitán Tacher y los demás supieron que el joven volvía a estar normal, que ya no se hallaba dominado por nada ni por nadie.

—¿No recuerdas nada, Zico? —preguntó Dragan, con una suave sonrisa. El joven se llevó la mano a la frente.

—Me duele la cabeza, capitán. Y el cuello. Se diría que alguien me golpeó.

—Yo te golpeé. Zico respingó.

—¿Usted, capitán...?

—Sí, y tú me golpeaste a mi. Peleamos, muchacho.

—¿Por qué?

—Bueno, te habías empeñado en matar al doctor Geisler y a Tarita, y no tuve más remedio que impedirlo.

Zico Bakrac dilató los ojos.

—¿Que yo...?

—Estabas la mar de decidido, Zico —corroboró Tarita.

—¡No es posible!

—Lo intentaste, te lo aseguro —habló Jupp Geisler.

—También a mi me agrediste, Zico —dijo el profesor Bessell—. Pero no sabías lo que hadas, estamos convencidos de ello. Hablabas y te movías como un autómata. Como si estuvieras siguiendo las instrucciones de alguien. De alguien que se hubiese adueñado de tu voluntad, muchacho.

Zico Bakrac dio un respingo sobre la mesa de exploraciones y exclamó:

—¡El cerebro gigante!

Dragan Tacher, el profesor Bessell, el doctor Geisler, Aliona Fossey y Tarita Ware se miraron, intrigados.

—¿De qué estás hablando, Zico? —preguntó Dragan.

—¡Del telépata! ¡No es un ser humano, es sólo un cerebro!

¡Un cerebro enorme y poderoso! ¡El es quien manda en Mongo!

—Continúa, Zico —rogó Dragan.

—¡Se puso en contacto conmigo telepáticamente y me reveló que Tarita y el doctor Geisler estaban haciendo el amor! ¡Después, me pidió que los matara! ¡Yo me negué, naturalmente, pero entonces empecé a sentir. Unos terribles aguijonazos en el cerebro! ¡Creí volverme loco de sufrimiento!

—¿Qué pasó después, Zico?

—siguió interrogando Dragan. Bakrac cerró un instante los ojos y se oprimió las sienes.

—No puedo recordarlo, capitán. No sé lo que ocurrió a continuación. Aunque, por lo que ustedes me han contado, deduzco que el cerebro gigante logró dominar mi voluntad y yo cumplí sus órdenes al pie de la letra.

—Efectivamente, Zico —asintió Cedric Bessell—. Ese poderoso cerebro te convirtió en una especie de robot a su servicio, y te envió aquí, a la enfermería, para acabar con el doctor Geisler y con Tarita. Y lo hubieras hecho, de no habértelo

impedido el capitán Tacher.

El joven bajó la mirada, avergonzado.

—Lo siento mucho, y si le hice daño a alguien, le pido perdón.

Dragan sonrió.

—No tienes por qué disculparte, muchacho. No eras dueño de tus actos, y por tanto no puedes hacerte responsable de lo que pasó. El único culpable es el cerebro gigante. Pero ya le ajustaremos las cuentas, no te preocupes.

Zico levantó de nuevo la mirada.

—¿De verdad cree que podremos darle su merecido a ese poderoso ser, capitán Tacher?

—Puedes estar seguro de ello, Zico. Pero antes tenemos que descubrir su guarida, naturalmente. No será fácil, pero la encontraremos.

—¿Olvida que ese cerebro gigante puede anular nuestra voluntad, capitán...? —observó Tarita Ware, visiblemente preocupada.

—No, no lo he olvidado. Pero espero que el profesor Bessell sepa cómo luchar contra las ondas telepáticas que nos pueda enviar ese maldito ser sin cuerpo —respondió Dragan, mirando al científico.

Cedric Bessell se rascó su grisácea cabellera.

—Ya he pensado en ello, capitán Tacher, no crea.

—¿Y...?

—Si realmente se trata de un cerebro gigantesco, no será fácil rechazar sus ondas mentales. La única manera de conseguirlo, sin embargo, es desoír sus ondas telepáticas y pensar fijamente en algo. Si hacemos trabajar nuestros cerebros, a ese ser le será difícil penetrar en ellos. Insistirá, desde luego, y dependerá de nosotros que consiga finalmente vencer la resistencia de nuestros cerebros o no. Si cometemos el error de pensar en él y en su poder, sus ondas mentales encontrarán el camino libre y anularán fácilmente nuestra voluntad. Insisto, pues, en que debemos pensar fija y tenazmente en algo si ese ser intenta de nuevo adueñarse de la voluntad de alguno de nosotros.

—¿Podrá intentarlo con varios o con todos a la vez,

tío Cedric? —preguntó Aliona Fossey.
—No, es imposible. Por mucho poder que tenga ese cerebro, no puede ponerse en comunicación con varias personas a la vez. Por eso, cuando fingió hallarse en peligro, sólo recibió sus ondas telepáticas el capitán Tacher. Nosotros cinco no nos enteramos de nada. Es una clara prueba de que ese ser no puede ponerse en contacto con varios cerebros a la vez.
—Menos mal —suspiró Tarita, aliviada.
—Me pregunto a cuál de nosotros elegirá el cerebro gigante la próxima vez —murmuró el doctor Geisler.
El intercambio de miradas fue general. Miradas nerviosas. De preocupación. Incluso de temor...
Y es que todos sabían que se enfrentaban a un ser distinto, poderoso, que luchaba con unas armas muy especiales: sus ondas mentales.
Era lógico que empleara esa clase de armas, tratándose de un cerebro. De un ser sin rostro. Sin brazos. Sin piernas.

Sin cuerpo...
¿Cómo podía vivir un ser así?
¿De qué se alimentaría?
¿De dónde había surgido...?
Por el momento, ninguna de estas preguntas tenía respuesta.
Pero la tendrían cuando descubriesen la guarida de aquel extraño y peligroso ser, seguramente, Y, como Dragan Tacher estaba deseando aclarar todas esas dudas, decidió:
—Vamos a salir inmediatamente en busca del cerebro gigante.

CAPITULO XII

El cerebro asesino estaba furioso.

Le había contrariado enormemente el fracaso de Zico Bakrac, como antes le contrariara el fracaso de la pareja de reptiles saurios.

El fallo de Zico le había sorprendido aún más que el de los saurios.

Lo eligió a él porque era el más joven y el más musculoso, y pensaba que, una vez dominada su voluntad, nadie podría contenerle. Ni siquiera el capitán Tacher.

Pero el cerebro gigante se había equivocado.

Dragan Tacher no era tan hercúleo como Zico Bakrac, pero era igual de fuerte y más diestro en la lucha, y lo había demostrado derrotando al musculoso Zico.

Bien.

El cerebro gigante ya tenía dos fracasos en su haber, pero estaba firmemente decidido a no añadir un tercer fracaso a su cuenta. Quería destruir a los seis expedicionarios terrestres, y el capitán Tacher le ayudaría, muy a su pesar, a acabar con sus propios compañeros.

Sí, el diabólico ser había decidido utilizar a Dragan Tacher en esta ocasión, porque había demostrado ser el más fuerte y el más hábil en la lucha.

Le enviaría una serie de dolorosas ondas mentales, anularía su voluntad, y le ordenaría asesinar a los cinco miembros de su tripulación. Y a continuación, le ordenaría que se suicidase.

Y el capitán Tacher obedecería.

No podría negarse a cumplir sus órdenes, pues ni siquiera sabría lo que estaba haciendo. El cerebro asesino no quiso esperar ni un minuto más.

Sabía que el capitán Tacher y los miembros de su tripulación iban a abandonar de nuevo la astronave, con el propósito de descubrir su guarida y enfrentarse a él.

Ya se estaban preparando para su segunda incursión en Mongo.

Habían abandonado todos la enfermería, y Zico Bakrac había regresado a su camarote, para vestirse. Tarita Ware creyó conveniente acompañarle.

—¿Estás enfadado, Zico?

—No.

—¿De verdad?

—Eres muy libre de hacer el amor con quien te apetezca, Tarita. No tenías necesidad de engañarme. Si deseabas hacer el amor con el doctor Geisler...

—Era él quien lo deseaba, Zico, pero no se atrevía a decírmelo porque sabía que tú y yo hacíamos el amor con regularidad. Yo me di cuenta, y decidí facilitarle el camino. El doctor Geisler es un hombre joven, todavía, y necesita la compañía de una mujer, de vez en cuando. Le hice un gran favor, porque llevaba muchos días reprimiendo su deseo. Y volveré a hacer el amor con él, si me lo pide. Es un tipo excelente, y no puedo negarle mi cuerpo. Me gustaría que lo comprendieras, Zico.

—Lo comprendo, Tarita.

—Sin embargo, quiero que sepas que lo nuestro no va a cambiar en absoluto. Tú también eres un gran tipo, Zico, y yo te aprecio mucho. Seguiremos haciendo el amor y disfrutando mutuamente de nuestros cuerpos, ¿verdad?

—Desde luego.

Tarita Ware sonrió.

—Gracias por ser tan comprensivo, Zico —dijo, y le dio un beso en los labios—. En cuanto

regresemos a la astronave haremos el amor larga e intensamente, ¿de acuerdo?
—Lo estoy deseando —respondió Zico Bakrac, y ahora fue él quien besó a la muchacha. Después, abandonaron el camarote y se reunieron con el resto de la tripulación.
Justo en el momento en que ellos llegaban, el capitán Tacher se llevaba las manos a las sienes, con claro gesto de dolor, y gritaba:
—¡El cerebro gigante me está atacando!

*
*
*

Efectivamente.
El cerebro asesino había entrado nuevamente en acción, enviando las primeras ondas mentales al cerebro de Dragan Tacher, con el fin de estremecerlo de dolor y adueñarse seguidamente de su voluntad.
Al igual que le sucediera antes a Zico Bakrac, el capitán Tacher tuvo la terrible sensación de que un centenar de avispas le estaban clavando sus aguijones en el cerebro, todas a la vez.
El dolor era realmente insoportable, por lo que Dragan dio un grito y se dejó caer de rodillas, apretándose la cabeza.
Aliona Fossey también dio un grito, pero de angustia, pues adivinaba que Dragan Tacher estaba sufriendo espantosamente.
—¡Dragan! —exclamó, dejándose caer a su lado.
El profesor Bessell hizo lo propio y agarró con fuerza los robustos hombros de Dragan.

—¡Piense en algo fijamente, capitán Tacher! ¡Hagáis lo y verá como remite el dolor que siente en su cerebro! ¡Olvídese por completo del cerebro gigante y sus malditas ondas mentales!

Dragan lo intentó.

No era fácil olvidarse del dolor que sentía, pero como sabía que era la única manera de rechazar las ondas cerebrales que le enviaba aquel maldito ser sin cuerpo, concentró su mente en un solo pensamiento.

Lo hizo mirando a Aliona,
porque en ella estaba
pensando. En su última
unión íntima,
concretamente.

Estaba aún muy reciente, y Dragan rememoró el acto amoroso de principio a fin. Necesitaba un pensamiento fuerte, que no le permitiese distraerse ni un solo segundo, y nada mejor que recordar aquellos maravillosos instantes.

La cosa dio resultado, ya que, al hallarse ocupado con otros pensamientos, el cerebro de Dragan Tacher repelía las ondas mentales que le enviaba el cerebro gigante, y el dolor empezó a remitir.

El cerebro asesino se enfureció al comprobar que sus ondas telepáticas ya no llegaban al fondo de la masa cerebral del capitán Tacher, y redobló sus esfuerzos por penetrar de nuevo en la mente del terrestre.

Dragan acusó el nuevo ataque del cerebro gigante, sintiendo otra vez dolor, pero él también redobló sus esfuerzos por mantenerse absolutamente concentrado en sus pensamientos.

Lo consiguió, y el dolor volvió a remitir, desapareciendo casi por completo.

El cerebro asesino hubiera lanzado un grito de rabia, de haber tenido boca, porque su furia era ahora mucho mayor que antes. No podía penetrar en el cerebro del capitán Tacher, a pesar de sus esfuerzos, y por tanto no podía adueñarse de su voluntad.

Tenía que renunciar a utilizarle a él para acabar con el resto de los miembros de la tripulación, porque Dragan Tacher sabía cómo rechazar sus ondas mentales.

¿Sabrían rechazarlas, también, los demás...?

El cerebro asesino decidió comprobarlo, y para vengarse del capitán Tacher, eligió en primer lugar a Aliona Fossey. Sabía que Dragan estaba enamorado de ella, y que sufriría cuando viese sufrir a la muchacha.

El perverso ser dirigió sus ondas mentales al cerebro de la sobrina del profesor Bessell. Aliona tembló al recibirlas.

—¡Dragan...! —chilló, agarrándose la cabeza.

El capitán Tacher adivinó que el cerebro gigante había desistido de anular su voluntad, ante la inutilidad de sus esfuerzos, y que ahora intentaba controlar la mente de Aliona Fossey.

—¡Aliona! —exclamó, sujetándola con fuerza de los brazos.

El profesor Bessell, convencido también de que el cerebro gigante había cambiado de víctima y estaba atacando ahora a su sobrina, ordenó:

—¡Piensa tenazmente en algo, Aliona! ¡Al capitán Tacher le ha dado resultado! ¡Ese malvado ser no hay podido dominar su mente!

—¡Es cierto, Aliona! ¡He rechazado sus ondas cerebrales, no ha podido adueñarse de mi voluntad! —gritó Dragan.

Aliona Fossey, pese al espantoso dolor que le producían las ondas mentales del cerebro gigante, luchó bravamente por rechazarlas, fijando su mente en un único pensamiento.

Casualmente, también ella eligió su reciente unión íntima con Dragan Tacher, rememorando cada beso, cada caricia, cada abrazo, cada movimiento...

Y volvió a dar resultado.

El terrible dolor que sentía en lo más profundo de su cabeza empezó a remitir.

El cerebro gigante, colérico, acentuó la fuerza de su ataque, pero, aunque Aliona Fossey lo acusó momentáneamente, sintiendo de nuevo dolor, la tenacidad con la que la muchacha concentraba sus pensamientos en su última unión sexual con el capitán Tacher hizo fracasar el ataque del diabólico ser.

Convencido ya de que sus ondas telepáticas no conseguían penetrar tampoco en el cerebro de Aliona Fossey, el cerebro gigante que dominaba Mongo se olvidó de

la sobrina del profesor Bessell y atacó fieramente al doctor Geisler.

Jupp cayó al suelo, rabiando de dolor, pero como también él sabía lo que tenía que hacer para rechazar las terribles ondas mentales del cerebro asesino, fijó su cerebro en un solo pensamiento, tenazmente, y muy pronto empezó a remitir su sufrimiento.

Iracundo, el cerebro gigante saltó del cerebro del doctor Geisler al cerebro de Tarita Ware, martirizando a la muchacha con sus dolorosas ondas telepáticas.

Pero el tormento fue muy breve, pues también Tarita supo repeler el ataque feroz del malvado ser.

La siguiente víctima fue el profesor Bessell, quien tampoco tuvo problemas para rechazar las ondas mentales que le enviaba el cerebro gigante.

Este, cada vez más furioso, atacó a Zico Bakrac, de cuya voluntad ya se había adueñado en una ocasión. En ésta, sin embargo, fracasó, porque el joven ya sabía cómo defenderse de él, y no permitió que volviera a dominarle.

Dominado por la cólera, el cerebro asesino renunció a destruir a los expedicionarios terrestres en

su propia astronave. Pero lo intentaría de nuevo cuando se aproximasen a su guarida.

Y, entonces, no fracasaría.

CAPITULO XIII

Con la moral mucho más elevada que antes de sufrir el ataque mental del cerebro gigante, el capitán Tacher y los miembros de su tripulación abandonaron la «Vikingo-3», manejando sendos propulsores individuales.

Propulsores distintos, naturalmente, a los que utilizaran para regresar a la astronave, tras su lucha con la pareja de temibles reptiles saurios.

Ahora, los expedicionarios terrestres estaban mucho más seguros de poder vencer al malvado ser que dominaba Mongo. Habían sabido repeler sus dolorosas ondas mentales, impidiendo que se adueñara de sus cerebros y los utilizara como antes había utilizado a Zico Bakrac.

No había sido fácil, y todos tuvieron que sufrir, pero consiguieron rechazar el ataque del cerebro asesino, y eso era lo importante, pues habían demostrado al demoníaco ser que sus cerebros, aunque mucho más pequeños, sabían defenderse perfectamente de él.

No podría dominarlos, aunque lo intentase de nuevo.

Los tripulantes de la «Vikingo-3» estaban convencidos de ello, y por eso habían salido en busca con la moral más alta. No olvidaban, desde luego, que iban a enfrentarse a un enemigo sumamente peligroso, pero al que ya no creían invencible.

Les presentaría dura batalla, de ello estaban los seis convencidos, pero a la vez estaban seguros de salir victoriosos en la lucha y dar su merecido al cerebro gigante.

El mayor problema, sin embargo, estribaba en descubrir su guarida.

Mongo era un planeta pequeño, desde luego, pero aun así no sería fácil dar con la morada del cerebro asesino, debido a la frondosidad de sus enormes selvas y a la gran cantidad de montañas que se levantaban a lo largo y a lo ancho del planeta, compitiendo con las extensas junglas.

Pero los expedicionarios terrestres no tenían prisa.

Habían llegado a Mongo con la misión de explorarlo, y lo harían metro a metro si era necesario, hasta descubrir la guarida del cerebro gigante.

El tiempo que tardasen, no importaba.

En esta ocasión, el capitán Tacher y los miembros de su

tripulación no se dirigieron hacia la cadena de achatadas montañas que se levantaban más allá de la vasta planicie en donde se hallaba posada la «Vikingo- 3», sino hacia la enorme selva que nacía en la dirección opuesta.

Al igual que entonces, Dragan Tacher y el profesor Bessell iban a cabeza, seguidos de Aliona Fossey y Tarita Ware, en tanto que Zico Bakrac y el doctor Geisler cerraban la marcha.

Alcanzaron la selva y empezaron a sobrevolarla, a baja altura y escasa velocidad, pues era la única manera de ver algo, ya que su espesura la hacía poco menos que inescrutable.

Descubrieron algunas bestias, todas ellas muy peligrosas, lo cual vino a confirmar que sería muy arriesgado explorarla a pie, porque los peligros se sucederían.

El capitán Tacher y los miembros de su tripulación sobrevolaron algunos kilómetros de selva, sin encontrar nada de particular. Aquella jungla, como las otras, tenía muy pocos claros, y generalmente eran tan pequeños que resultaría enormemente peligroso posarse en alguno de ellos, aunque sólo fuera unos minutos para descansar.

Por el momento, los terrestres no estaban cansados.

Pero sin duda acabarían estándolo, porque aquella maldita selva no parecía terminarse nunca. Y,

entonces, no tendrían más remedio que posarse en alguno de aquellos pequeños claros, arriesgándose a que surgiera algún terrible animal de la espesura y los pusiera en un serio aprieto.

*
*
*

Los tripulantes de la «Vikingo-3» habían sobrevolado varios kilómetros más de selva. Seguían sin dar con la morada del cerebro gigante, pero empezaban a acusar el cansancio.

Llevaban mucho tiempo manejando sus respectivos propulsores individuales de forma ininterrumpida, y eso era capaz de cansar a cualquiera, por lo que el capitán Tacher empezó a buscar un claro en el que poder posarse y descansar unos pocos minutos.

Eligió uno que se veía a su izquierda, y él y los miembros de su tripulación se dirigieron hacia allí. Al aproximarse al claro, Dragan Tacher y Cedric Bessell descubrieron una especie de campana de cristal.

Ambos se detuvieron en el aire, siendo imitados por Aliona, Tarita, Zico y el doctor Geisler.

—¡Es el cerebro gigante...! —exclamó el profesor Bessell.

*
*
*

Sí.
Allí
estaba el
cerebro
asesino.
Encerrado
en la
campana
de cristal.
En una campana que parecía de cristal, pero que sin duda era de sólido material transparente, porque, de otro modo, aquel horrible ser no se hubiera sentido seguro allí dentro.

Estaba claro que la campana le servía de protección contra las bestias que deambulaban por
aquella extensa y espesa selva, contra los bichos, contra los insectos, y contra cualquier cosa que intentase llegar hasta él.
El
diabólico
ser no
había
mentido.
Era
solamente
un
cerebro.
No tenía cabeza, ni tronco, ni extremidades.
Era un cerebro humano,
sólo que infinitamente
mayor. Tenía casi metro
y medio de largo.
Y de ancho.
Y aproximadamente un
metro veinte centímetros de
alto. Un cerebro realmente
gigantesco.
Terrorífico.
Espeluznante...
Se
movía
dentro
de la
campana.
Débilmente,
pero
se
movía.
Parecía
inquieto.
Asustado de los
expedicionarios
terrestres. Y es
que temía el
poder de sus
armas.
La campana que le servía de protección era enormemente

resistente, pero el cerebro gigante

dudaba mucho que pudiera repeler los poderosos rayos láser.

Por ello, su única posibilidad de salvación estribaba en destruir a los terrestres antes de que éstos hiciesen uso de sus temibles armas y lo destruyesen a él.

El cerebro asesino confiaba en poder conseguirlo, dada la proximidad de los terrestres. Lo estaban viendo, como él los veía a ellos, aunque no tuviese ojos.

Y, como los terrestres lo estaban viendo difícilmente podrían fijar sus pensamientos en otra cosa que no fuera él.

Ahí radicaban sus posibilidades de victoria.

El demoníaco ser sabía que su anterior ataque fracasó por eso, porque los terrestres se concentraron tenazmente en un pensamiento lijo, y ello permitió a sus cerebros rechazar las terribles ondas mentales que él les enviaba.

En esta ocasión, no sería así.

Sus ondas telepáticas no podrían ser repelidas por los cerebros de los terrestres, éstos se volverían locos de dolor, perderían sus armas, perderían también el control de sus respectivos propulsores individuales, y se precipitarían contra la espesura de la selva, en donde perecerían devorados por las poderosas fieras que vivían en ella.

El espantoso ser, sin perder un solo segundo más, lanzó su ataque, eligiendo como primera víctima al capitán Tacher.

*

*

*

Por fortuna, Dragan Tacher intuyó que el cerebro gigante intentaría destruirlos antes de que llegasen hasta él, y como sabía que no podrían rechazar sus ondas mentales si lo estaban observando, porque les sería imposible concentrar sus pensamientos en otra cosa, apartó rápidamente sus ojos del horrible ser, al tiempo que gritaba:

—¡No lo miren! ¡Aparten sus ojos de él o no podrán repeler sus dolorosas ondas telepáticas! ¡El cerebro gigante va a atacarnos!

El aviso del capitán Tacher llegó unos segundos tarde, pues sus palabras coincidieron con el rabioso ataque del malvado ser, y los miembros de su tripulación empezaron a sufrir las consecuencias.

Dragan se libró porque había desviado su mirada a tiempo, lo que permitió fijar su mente en otra cosa muy distinta a lo que allí estaba sucediendo, y las ondas telepáticas del cerebro asesino apenas le afectaron.

El perverso ser se dio cuenta de ello y se olvidó del capitán Tacher, enviando sus terribles ondas mentales al profesor Bessell, y con éste sí tuvo éxito.

El científico, toco de dolor, perdió el control de su propulsor y se precipitó contra la selva. Casi al momento, le seguía Aliona Fossey.

Y, en seguida, Tarita Ware.

El capitán Tacher, sin mirar al cerebro gigante, disparó sobre él con su pistola de rayos láser, por considerarla un arma más efectiva que el fusil de rayos infrarrojos.

Afortunadamente, el blanco era fácil y no erró ninguno de los disparos, aunque los efectuara sin apuntar. Los poderosos rayos láser vencieron la resistencia de la campana que protegía al cerebro asesino y alcanzaron a éste, justo en el instante en que el diabólico ser obligaba al doctor Geisler a precipitarse también contra la peligrosa selva, incapaz de resistir el dolor que sentía en su cerebro.

Los rayos láser destrozaron al cerebro gigante, que se encogió, herido de muerte, mientras un líquido espeso y oscuro brotaba de él.

Zico Bakrac, que se había librado por los pelos de caer también en la selva, disparó asimismo contra el cerebro gigante con su subfusil de rayos infrarrojos, abrasándolo.

—¡Muere, maldito!

Al oír la voz de Zico, Dragan se atrevió a mirar al cerebro gigante, descubriendo que estaba ya agonizando.

Había dejado de ser peligroso. No tenía ya ningún poder.

Dragan efectuó un par de disparos más. Fueron suficientes.

El cerebro gigante estaba totalmente destruido. Ya no era un ser vivo.

Era un cerebro muerto.

*
*
*

El profesor Bessell, Aliona Fossey, Tarita Ware y el doctor Geisler habían dejado de sentir dolor en sus respectivos cerebros, pero ahora les dolía a los cuatro el cuerpo, a causa

de la caída.
Y gracias que las ramas de los árboles y la espesa maleza amortiguaron no poco la violencia de los impactos, pero, aun así...
Lo peor, sin embargo, eran las bestias que andaban cerca. No tardarían en verse atacados por ellas.
Había, pues, que salir de allí cuanto antes.
El capitán Tacher y Zico Bakrac acudieron en ayuda de sus compañeros.
Y no pudieron llegar más a tiempo, pues ya estaban surgiendo las primeras fieras, soltando rugidos.
Dragan y Zico hicieron funcionar sus armas y abatieron a las peligrosas bestias, mientras el profesor Bessell, Aliona, Tarita y el doctor Geisler se incorporaban con rapidez y ponían en marcha sus propulsores individuales.
Por suerte, ninguno falló y Cedric, Aliona, Tarita y Jupp pudieron elevarse y salir de la peligrosa jungla, emprendiendo, junto con Dragan y Zico, el regreso a la «Vikingo-3».
La astronave estaba lejos, y los seis expedicionarios terrestres seguían cansados, pero ninguno de ellos parecía acordarse.
Sólo pensaban en verse de nuevo en la «Vikingo-3». Y hacia ella continuaron volando.

EPILOGO

Mongo no estaba habitado por seres humanos.

El capitán Tacher y los miembros de su tripulación habían explorado el planeta en los últimos días, no encontrando el menor rastro de vida humana.

En Mongo sólo había vida animal y vegetal.

Por ello, los expedicionarios terrestres no pudieron aclarar algunas de las dudas que todavía tenían sobre el origen y la procedencia del cerebro gigante que dominara Mongo, y que tantos problemas les causara antes de destruirlo.

—Yo creo que ese extraño y poderoso ser llegó a Mongo procedente de otro planeta —opinó el profesor Bessell.

—¿Cómo, profesor? Porque no hemos encontrado nave alguna —recordó el capitán Tacher.

—Bueno, quizá lo trajeron.

—¿Quién? —preguntó Aliona Fossey.

—No lo sé, sobrina. El caso es que ese cerebro gigante se había erigido en dueño y señor del planeta, y no quería ver a seres humanos en Mongo. Por eso intento eliminarnos, sin esperar a ver cuáles eran nuestras intenciones.

—Cara pagó su falta de

hospitalidad, pues —señaló Zico Bakrac.

—Cierto

—sonrió Cedric.

—¿Cómo se alimentaría ese horrible ser, profesor? —preguntó Tarita Ware.

—Con energía solar, supongo. Deduzco eso del hecho de que el cerebro gigante se hallara instalado en un claro de la selva y protegido por una campana de sólido material transparente. Así podía recibir directamente los rayos de la estrella que proporciona luz y calor a Mongo —explicó el sabio.

—Creo que el profesor Bessell tiene razón —opinó el doctor Geisler.

—Como siempre —dijo Aliona—. ¿O no...? Se echaron todos a reír.

Aquella misma tarde, la «Vikingo-3» abandonó Mongo y emprendió el regreso a la Tierra.

La aventura, peligrosa aventura, había terminado felizmente, y el capitán Tacher y los miembros de su tripulación volvían a su mundo con la satisfacción del deber cumplido.

F
I
N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO

ISBN 84-02-02513-7



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España